

# **SOBRE EL NACIONALISMO ESPAÑOL DEL SIGLO XX Y EL NACIONALCATOLICISMO**

Por el Académico Correspondiente  
Excmo. Sr. D. José Manuel Cuenca Toribio\*

La contienda fratricida de 1936 adentró al nacionalismo hispano en un escenario muy distinto al que contemplara hasta su estallido<sup>1</sup>. Nacido en su versión contemporánea con una guerra —la de la Independencia—, la última de las civiles mantenidas desde entonces lo introdujo en el que, a partir de su eclosión, semejó ser el postrero de sus capítulos. Bien que gran parte de la propaganda de uno y otro bando presentase la lucha como el enfrentamiento de dos cosmovisiones de la existencia histórica, el sentimiento nacionalista llegó a ser tan fuerte en uno de ellos que adoptó tal denominación como distintivo de su configuración y actividad: “los nacionales”<sup>2</sup>. No por ello, sin embargo, su adversario renunció a insertarse, ahincadamente, en una vertiente de la tradición patria —la “liberal” y “progresista”—; y, pasados los meses iniciales del conflicto, reivindicó, por medio de algunos de sus dirigentes

---

\* Ponencia no expuesta oralmente.

<sup>1</sup> Trazamos una panorámica del nacionalismo español hasta la frontera de 1936 en el libro, *Ocho claves sobre la historia española contemporánea*, Ediciones Encuentro, Madrid 2003, 2ª ed. Por desgracia, no conocíamos a la hora de su esbozo la excelente obra de uno de los más reputados especialistas españoles en el tema, el catedrático Andrés de Blas Guerrero, definidor de su plasmación hispana de manera muy semejante, en su núcleo central, a la nuestra: *Tradicón republicana y nacionalismo español (1876-1939)*, Madrid 1991.

<sup>2</sup> A mediados de julio de 1940, uno de los intelectuales españoles más oreados y en posesión de mayores claves de la cultura moderna en todas sus dimensiones, Manuel García Morente, oficiaría gustosa y plenificadamente en el altar del nacionalismo más exaltante: “Sobre la faz de la Tierra existe, desde hace muchos siglos, un grupo de hombres que, unidos en cohesión profunda, han vivido juntos, han sentido juntos, han trabajado juntos, han pensado juntos y han creado juntos el más prodigioso repertorio de formas vivientes que pueda imaginarse: un idioma magnífico, un arte incomparable, unas instituciones ejemplares, una literatura estupenda, una política universal, que en algunos periodos de la Historia consigue retener entre sus mallas la obediencia de casi todo el orbe. Ese grupo de hombres inicia su existencia propia en el recinto de la Península ibérica durante los primeros siglos de la Era cristiana. De Roma recibe la cultura material. De la fe católica, el nutrimento espiritual. Durante ochocientos años de lucha diaria contra la presión musulmana, temple su voluntad en la continua afirmación de sí mismo, almacena gérmenes de vida creadora y planta la simiente de una fecundidad maravillosa. Dueño, al fin, de su propio destino y consciente de su misión en esta tierra, sale a los ámbitos del mundo, se derrama sobre los continentes, engendra pueblos, y en todas las latitudes del globo levanta el indestructible edificio de su idioma, de su fe, de su cultura.” *Obras Completas*, II (1937-1942), Barcelona 1996, vol. 2, p. 72.

más caracterizados, muchos de los emblemas y símbolos del nacionalismo hispano, en un esfuerzo casi agonístico por rescatarlos de las manos de sus antagonistas<sup>3</sup>.

Frente al siglo en que adoptara, lentamente, sus rasgos característicos de un nacionalismo superador y —sin paradoja— hasta integrador, en la primera fase de su despliegue —*circa* 1830-1900—, y de un nacionalismo centralista y eminentemente cultural en la segunda —1900-30—, apenas un decenio duró el proceso en que se conformó con arreglo al concepto con que se definiría a lo largo de su última trayectoria. Esta definición no es otra, como resulta bien sabido, que la de nacionalcatolicismo, de gran impacto bibliográfico y mediático pese a su imprecisión e inexactitud. Pues, en efecto, conviene subrayarlo con grosor, el nacionalcatolicismo será tan sólo un epifenómeno, una breve deriva en el corto curso de la tercera experiencia del nacionalismo español, según se intentará demostrar en el presente estudio.

Inaugurado el postrer ciclo —por el momento...— de su trayectoria con algunos de los escritos pastorales dados a luz en la guerra —de modo muy singular, los salidos de la incansable pluma del cardenal primado, el tarraconense Isidro Gomá (1869-1940)—, concluiría —al margen de flecos sin mayor trascendencia doctrinal, pese al tono polémico que los envolviera en época ulterior— con el famoso Prólogo de D. Ramón Menéndez Pidal —galaico-asturiano— a la más difundida de las histo-

---

<sup>3</sup> Por ejemplo: a finales de enero de 1939 los diarios valencianos litigarán por alzarse con la victoria en el duelo retórico mantenido entre ellos en punto a exaltación de las hazañas de los héroes del dos de Mayo así como de otras figuras y episodios de la historia más tradicional de los españoles... Los recuerdos de un niño-adolescente son vívidos: "Por entonces (postrimerías del conflicto) inauguraron en la calle de Ribera, cerca de casa, la exposición ¡Altavoz del Frente!. Era una excelente muestra propagandística para estimular los afanes bélicos de los ciudadanos (...) Revueltos, sin demasiado orden en los anaqueles, se exhibían *El capital*, tomos con los discursos de la Pasiónaria, de Negrín, de Largo Caballero (...) Y los primeros tomos de los *Episodios Nacionales* (...) La colección (creo que no se llegó a terminar) la lanzaba la editorial Nuestro Pueblo, como homenaje a nuestro glorioso ejército popular en la segunda guerra de la independencia (...) Al cabo de los años, he tranquilizado mi conciencia (por la sustracción de varios volúmenes de los *Episodios*), al enterarme de que mi amigo Luis García Berlanga también se dedicó al pillaje cultural en el mismo lugar y en cantidad mucho mayor que la mía". F. Vizcaíno Casas, *Los pasos contados. Memorias*, I, Barcelona, 2000, pp. 94-95. El presidente del gobierno republicano, el grancanario D. Juan Negrín, no iba, ciertamente, a la zaga de esta asunción hiperbólica pero verdaderamente entrañada del pasado del viejo país. Escribe F. Ayala: "Entre esos datos merece especial atención el modo cómo medró el partido comunista, dirigido desde Moscú según criterios de eficacia, al propugnar una política militar que, apoyada por muy intensa propaganda de valores nacionalistas, es decir, de aquellos valores capaces de despertar pronta respuesta en los sentimientos exacerbados de quienes, frente al fascismo internacional, estaban luchando a muerte para defender una España abandonada por las democracias, había de procurarle la adhesión de multitud de combatientes y la colaboración condicionada de cuantos pensaban que lo primero era ganar la guerra", *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*, Madrid 2006, p. 631.

Un destacado y altanero especialista, X. M. Núñez Seixas, ha resumido bien el tema en un libro reciente: "Existieron, sin duda, sorprendente paralelismos entre el discurso y, sobre todo, las imágenes utilizadas por la retórica nacionalista en el bando republicano y en el bando insurgente. El recurso a estrategias formales similares en su fondo, desde los artificios retóricos hasta la estereotipación y simplificación de la imagen del contrario, se unió al enunciado de fines de guerra genéricos, de modo que pudiesen ser compartidos por un espectro de población lo más amplio posible, más allá de los fines sociopolíticos más o menos definidos que perseguía cada facción y grupo englobado en los respectivos bandos (...) La nación estaba ahí, presta a ser utilizada como discurso justificador y legitimador por los dos bandos (...) Tanto franquistas como republicanos apelaron a la historia como una base para legitimar su retórica movilizadora y leer el conflicto presente a la luz de las gestas nacionales idealizadas de otrora", *¡Fuera el invasor! Nacionalismo y movilización bélica durante la guerra civil (1936-1939)*, Madrid 2006, pp.

rias generales de España del Novecientos. Fugaz periodo cronológico sin duda para, a primera vista, implementar una construcción intelectual de cierto gálbico; pero que encontró contrapesada su brevedad por el vigor, numérico y cualitativo, de las ideas y teorías en liza, sustentadas de ordinario en planteamientos precedentes —Menéndez Pelayo y el Maeztu de *Defensa de la Hispanidad*, de modo particular— y explicitadas tanto por las plumas del interior del país como por muchas de los integrantes de la denominada, bellamente, “España peregrina”.

En el seno de la “nacional”, la botadura de la tercera fase del ideario nacionalista que se decantó al cabo de pocos años, comenzada ya la posguerra, en la fórmula del nacionalcatolicismo, mostró con patencia su propensión a la amalgama y confusión, en contraste con la relativa claridad de sus dos primeras definiciones. La mezcolanza que diese tono a la coalición política aglutinada bajo la jefatura del “Caudillo” —término que, por lo demás, y muy sintomáticamente, no figuraba en el léxico habitual del conservadurismo monárquico de Acción Española— también se descubrió en la conceptualización del vocablo, más allá de su uso generalizado y propagandístico.

En la Falange, el nacionalismo poseyó intelección y resonancias diferentes a las del sector alfonsino antedicho, y aun entre éste y los demócratas cristianos de la antigua CEDA aparecieron igualmente divergencias, que se peraltaban, de modo lógico, en el caso de los carlistas, incoerciblemente proclives a la singularidad... En los seguidores de José Antonio Primo de Rivera, su concepción estaba influida por la prédica del nacionalsocialismo hitleriano, y presentaba, por ende, una impronta internacionalista, secularizada y muy actualizada, de la que estaba privada la defendida por los democristianos, abiertamente confesional, al paso que en los monárquicos veía explanada su formulación política en los cauces de la recién derrocada dinastía alfonsina; y, finalmente, en los alistados bajo las banderas de la Tradición, era ésta, en su despliegue místico-patriótico, la que informaba predominante su contenido en los escasos escritos que sus teorizadores dieron a la estampa durante la contienda militar<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Uno de sus más autorizados —y acreditados— exégetas de hodierno, M. Ayuso Torres, aseverará: “Es claro que el heterogéneo conglomerado de fuerzas de la España nacional difícilmente dará lugar —más allá de la retórica— a un ‘nuevo Estado’. Por eso, el tradicionalismo, que (...) tuvo parte tan destacada en el alzamiento y posterior guerra, se desligó en general de la institucionalización política del régimen surgido de la misma, tornando si acaso post mortem y per relationem: nunca se insistirá lo bastante en que Alzamiento, guerra y régimen de Franco son hechos distintos y susceptibles por ello de valoración diferenciada”. “El carlismo en la conspiración y guerra de España”. *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada*, Año XII (2006), p. 171. Desde otro ángulo del horizonte intelectual y político un notorio conocedor de la historia doctrinal de la época resume la trayectoria del carlismo del momento: “(...) aunque muy fuerte en Navarra y otras zonas de España, va a estar dividido muy pronto por el pleito dinástico y va a ser mucho menos dúctil a las necesidades de Franco y de su régimen; su inclusión obligada en el partido único FRT y de las JONS, era una muestra de la menor conexión con las realidades políticas del momento en Europa y la ausencia en su seno de figuras intelectuales de renombre y de figuras políticas con capacidad de liderazgo”. M. A. Ruiz Carnicer en la obra por él codirigida con J. Gracia García, *La España de Franco (1939-1975)*, Cultura y vida cotidiana, Madrid 2001, p. 159.

Amalgama, según se observa, alabeada en extremo a la confusión y uso deturpador de una noción filosófica y política, nunca, de otro lado, particularmente caracterizada por su especial patencia y concreción. El nudo de la cuestión concernía a qué término de los dos que componían exclusivamente la urdimbre del nacionalismo de la zona “nacional”, catolicismo y nación, adjudicarían los acontecimientos la primacía. En tiempos de guerra, de obligada simplificación de eslóganes y consignas, dicha diversidad tendría que dar paso ineluctablemente, como la propia heterogeneidad política, a una expresión homogénea, sustentada en una idea-fuerza. Si, en el primer plano, se produjo la unificación bajo la autoridad indisputada de Franco, sería el catolicismo —un catolicismo, en la tesitura bélica, de estricta cochura eclesiástica— el elemento vertebrador por antonomasia del nacionalismo finalmente prevalente en la España “fascista”, conforme la denominará entonces y después un amplio número de sus adversarios.

Hasta el término mismo del conflicto, el sector falangista, mediante la incesante actividad de su círculo más dinámico e influyente en la retaguardia —Dionisio Ridruejo, Antonio Tovar, Pedro Laín Entralgo, Gonzalo Torrente Ballester, Rafael Sánchez Mazas, Santiago Montero Díaz..., con el apoyo más o menos intenso según las coyunturas pero en todo momento indeclinable de Ramón Serrano Suñer—, planteó fuerte resistencia al triunfo de la tesis cerrada y exclusivamente confesional expresada por el episcopado y el clero, con el respaldo unánime de monárquicos y democristianos, así como de algunos de los altos cuadros castrenses de mayor ascendiente en el cuartel general del “Caudillo”. La inferioridad numérica y social de los joseantonianos se equilibró con su vigorosa presencia en los puestos claves de la propaganda del Nuevo Estado y un proselitismo militante vehiculado con un lenguaje muy cercano a la juventud, atraída por un proyecto modernizador de España de raigambre regeneracionista y, más singularmente, orteguiana<sup>5</sup>.

Empero, pese a esa tonalidad, el ideario no se distinguiría por su contemporaneidad. Lo que en el nacionalismo del XIX no había tenido razón de formularse —la centralidad de la idea de nación concebida con arreglo a la de otros países impulsados de ansia de desquite o dominio— al ser el español un nacionalismo de mínimos, adaptado a la condición secundaria de un pueblo que acababa de perder su rango de Estado imperial y renunciado por entero a él, sin deseo de convertirse en un factor más de fricción en una Europa sacudida por las ambiciones expansio-

---

<sup>5</sup> Cf. en particular el gran libro del que fuese descollante contemporaneísta V. Cacho Viu, *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, Madrid 2002. Más recientemente P. C. González Cuevas lo reafirma con argumento tan buido como, en el fondo, discutible: ¡Ortega influyó, sin duda, en Falange Española, pese a sus incisivas críticas del fascismo. El hecho en sí mismo no tenía nada de extraño. El fascismo es una ideología ecléctica, que intenta sintetizar en su discurso político elementos del liberalismo, del socialismo, del nacionalismo y de la contrarrevolución. En España ocurrió lo mismo que en Italia, donde los fascistas tomaron de dos liberales elitistas, como Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto, algunas pautas de su discurso políticoí. “Ortega y Gasset: conservadurismo y heterodoxia”, *Empresas Políticas*, 7 (2007), p. 70.

nistas, se erigía ahora en perentorio e inexcusable. Pasivo y vuelto al pasado, el atípico nacionalismo decimonónico se “normalizaría” al definirse en su plasmación falangista como imperial y conjugándose prioritariamente en futuro. La idea flotaba en el ambiente desde la aparición de los primeros brotes filofascistas en la España del arranque republicano, ocupando un significativo espacio en el estatuto programático de la Falange: sus famosos 27 Puntos, luego reducidos a 26. Decía el primer párrafo de los dos que componían el tercer punto: “Tenemos voluntad de Imperio. Afirmando que la plenitud histórica de España es el Imperio. Reclamamos un puesto preeminente en Europa. No soportamos ni el aislamiento internacional ni la mediatización extranjera”<sup>6</sup>. Desiderátum de una mesnada juvenil y, un poco, incluso figura retórica en los días de la República, pasará con la guerra y la privilegiada posición joseantoniana en la España nacional a ofrecerse como opción de gobierno e irradiación internacional.

En esa navegación “imperial” —núcleo y clave de su planteamiento nacionalista al estar éste exento de cualquier connotación religiosa como se presentase en el Quinientos—, el catolicismo español se contemplaba —más allá de sus creencias íntimas— por gentes como Sánchez-Mazas, Tovar, Ridruejo o Laín como un lastre, simple pieza decorativa de un escenario construido al margen de su escasa vitalidad. En el espeso entramado de contrapesos del bando nacional, la presunta resistencia de la Iglesia a una política de innegable tinte totalitario se pretendía neutralizar con justificaciones histórico-geográficas de seguro eco en una opinión que recreaba el pasado en clave de grandeza militar y política. A la husma de aliados en la *congerie* franquista, la *intelligentzia* joseantoniana creía sentirse respaldada en parte por los sectores ulcerados por la posición pontificia ante el conflicto español, considerada opuesta al afianzamiento del gobierno de Burgos, menospreciado por la curia vaticana con el especioso aplazamiento de su reconocimiento oficial<sup>7</sup>. Pese a lo cual, sería

---

<sup>6</sup> “Respecto de los países de Hispanoamérica —proseguía el segundo y último párrafo del tercer principio—, tendemos a la unificación cultural, de intereses económicos y de Poder. España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales”. *Apud José Antonio Primo de Rivera. Obras*, recopiladas por Agustín del Río Cisneros, Madrid 1966, p. 339. “En textos posteriores de José Antonio y en todos los de Ledesma Ramos, la confesionalidad del Estado se niega. Pero nadie la negó con tanta energía como Onésimo Redondo, que era de todos los falangistas el más ligado a las organizaciones católicas (...) En el pensamiento de los falangistas se daban, claro es, muchos matices, pero en general el principio de la aconfesionalidad se mantuvo y hasta se exacerbó en los comienzos de la guerra, entre otros motivos, por oposición al confesionalismo de los grupos rivales”. R. Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue. Memorias*, Barcelona 1977, p. 279. Pese a lo inconcuso de este dato, los autores de un libro que alcanzara gran eco —conoció tres ediciones en pocos meses— en el momento de su publicación, afirmarán: “Al estallar la Guerra Civil los nacionalcatólicos, la mayor parte de los cuales se agrupaban en un partido como la CEDA, hicieron causa común de manera natural con los fascistas”. N. Sartorius, J. Alfaya, *La memoria insumisa. Sobre la dictadura de Franco*, Madrid 2000, p. 112.

<sup>7</sup> Un suceso poco relatado es harto elocuente de esta mentalidad. En mayo de 1938 la delegación franquista que, presidida por Millán Astray, visitó Italia a instancia de Mussolini, vio frustrado su deseo de ser recibido por el Papa en persona. Temiendo éste las repercusiones que ello tendría en la España republicana, tras varios pretextos, la audiencia se anuló: “(...) y se asomaban prelados y sacerdotes —cuenta un testigo cualificado—, ribeteados en granate y morado, para vernos partir excitados y diciendo todo género de dislates, ganados por la mutua decisión de marcar una actitud inequívoca. El volterrianismo de José Félix de Lequerica afloró: ‘Los Lasquetetes, no los olvidemos, los Lasquetetes están haciendo falta otra vez aquí’”. J. Martínez de Bedoya, *Memorias desde mi aldea*, Valladolid 1996, p. 124.

falsear la realidad circunscribir el revival de la idea de Imperio al área de los teóricos falangistas. Otras esferas —castrenses, religiosas, intelectuales— se incorporaron a la corriente en forma minoritaria antes del término de la guerra. A partir de entonces, decrecido paulatinamente su caudal en los medios falangistas, discurrió por otros paisajes como los acabados de mencionar, hasta que, banalizada y perdida su impronta originaria, movilizase alguna parcela del *totum revolutum* del nacionalcatolicismo<sup>8</sup>.

Antes de que ello aconteciera la lucha entre la *intelligentzia* falangista y el episcopado por el signo cultural y religioso inspirador de la nueva ideología nacionalista entró en su fase final.

La partida se libró a fondo, con la poderosa colaboración de la diplomacia germana a favor del grupo liderado por el tándem Serrano Suñer-Ridruejo —con inteligente y astuto reparto de papeles—, hasta que la intervención personal de Franco, reacio en no pocas ocasiones a un protagonismo directo en el pleito, acabara por decidirla<sup>9</sup>. El camino que desembocase en ella estuvo, claro es, jalonado de peripecias pocas veces reconstruidas con meticulosidad. Tarea que, por descontado, no se acometerá en unas páginas obligadamente constreñidas, pero que se apunta como materia de estudios de cierta ambición y propósito esclarecedor del brumoso clima historiográfico que aún rodea al llamado “primer franquismo”.

En 1941 como un siglo atrás, cuando en la década de las Regencias comenzase propiamente su andadura, el catolicismo volvía a ser el eje fundente del nacionalismo hispano. Pero con la diferencia básica de que lo que entonces fuese producto del pacto y el equilibrio, del consenso de una religión tradicional de amplia y auténtica vigencia social con una cultura liberal de fondo humanista y cris-

---

<sup>8</sup> Envuelta en debates en ocasiones un tanto bizantinos, la historiografía del llamado “primer franquismo” se resiste a abordar temas de la magnitud del señalado, de enorme vitalidad publicística en la época. Como introducción puede ser aconsejable la obra del erudito granadino afincado en Aragón, R. del Arco Garay, *La idea de Imperio en la política y en la literatura españolas*, Madrid 1944.

<sup>9</sup> “Dada la identificación habitual entre Iglesia y Estado en la España acaudillada por Franco —escribe J. Tusell—, podría parecer fuera de lugar presentar un epígrafe que indique alguna conflictividad en la relación entre ambos poderes. Sin embargo, es preciso tratar de este asunto no sólo porque constituye un factor imprescindible para comprender la labor del primer Gobierno de Franco, sino también porque, respecto de él, se dieron importantes divergencias de opinión, hasta ahora apenas conocidas, entre los distintos componentes de la España sublevada. Esta discrepancia motivó la intervención del propio Franco, que sentó unos criterios de actuación que le caracterizarían durante el resto de su gestión como dictador (...) Vinculado a esa España tradicional de modo estrechísimo estaba un catolicismo cuya relevancia intelectual y cultural había decrecido y, con ella, su propio peso en la sociedad. La descomposición de la España tradicional se entendía como una consecuencia de la desaparición de ese elemento vertebrador religioso. Por eso, la reconstrucción de la España católica fue un elemento primordial, definitorio como ninguno, de la tarea del primer Gobierno de Franco. Pero eso no obsta para que, en relación con este programa aparecieran actitudes diferentes e incluso contradictorias. Hubo una posición, representada por el Tradicionalismo, que pretendió poco menos que el restablecimiento de una identidad entre el trono y el altar; otra, de conservadurismo clásico, que, aún radicalmente identificada con el catolicismo, era, a un tiempo distante de cualquier vaticianismo; y otra, en fin, la de Falange, que, sin prescindir del factor religioso, pretendía marginarlo de lo estrictamente político. Entre estas actitudes se movió la posición de Franco, vacilando a veces, pero manteniendo en general una línea vertebral que le alejaba de unas posiciones y le acercaba a otras”, *Franco en la Guerra Civil*, Barcelona 1992, p. 228.

tiano, identificada con los mejores momentos de una historia globalmente asumida con sus luces y sombras, fue cien años más tarde el resultado del triunfo de una noción hipertrofiada de nación, ajena por entero a la mentalidad de un liberalismo batido en retirada —antes de El Alamein y Stalingrado— en todos los frentes del Viejo Continente, su cuna y hogar por antonomasia.

La victoria de los medios confesionales en el instante de fraguar el nacionalismo que sentó las bases de lo que pronto habría de traducirse en el nacional-catolicismo no fue, sin embargo, completa. El nacionalismo de raigambre y expresión esencialmente católicas, con muy pocas o ninguna adherencias políticas, a que aquéllos aspirasen, se convertía ahora, por obra y gracia de la presión e influencia falangistas, en un catolicismo muy politizado, como la formulación, años después, del término “nacional-catolicismo” acertara a definirlo con rara acuidad<sup>10</sup>.

Pertenecientes, por origen familiar, casi todos los prohombres falangistas más arriba mencionados, así como otros de sus camaradas más cercanos a la burguesía profesional e ilustrada y educados igualmente en su mayoría en colegios religiosos, adoptaron en su mocedad bélica una actitud un mucho reluctante respecto de la versión tradicional del catolicismo. Aunque pocos de entre ellos fueron ganados por la postura descalificadora de la Iglesia española contemporánea manifestada, abierta y reiteradamente, por el *self-man* Ramiro Ledesma Ramos (1905-36), todos creían que, en el mundo surgido de la Gran Guerra, las fórmulas religiosas conservadoras estaban caducadas, imponiéndose como protagonistas principales de la historia los movimientos políticos connotados con un sentimiento nacional impregnado de ímpetu social revolucionario. La crispada relación mantenida por la Falange con la CEDA y la propia dubitación del íFundadorí José Antonio Primo de Rivera en materia religiosa —según se descubría de forma tan explícita como polémica en el célebre punto 25 del programa de la Falange acordado en 1935— añadieron a esa posición de fondo factores de relevancia en orden a la actitud del sector más dinámico y combativo de la retaguardia franquista<sup>11</sup>.

---

<sup>10</sup> Con apoyo en reciente bibliografía anglosajona e italiana escribirá un acreditado francólogo, el catadrático valenciano I. Imaz, “(...) el círculo se cerraba definitivamente y toda posibilidad de religión política se desvanecía para siempre. La religión católica se había impuesto, bien que en una forma extrema de ‘politización de la religión’”. “Religión política y religión católica en el fascismo español”, en C. P. Boyd (ed.), *Religión y política en la España contemporánea*, Madrid 2007, p. 55. En el mismo libro y en uno de sus estudios más documentados y menos unilaterales, la hispanista italiana G. di Febo refuerza la tesis precedente: “Con el sello religioso de la Cruzada, la Iglesia adquirió un papel hegemónico en la movilización de las masas en apoyo al Nuevo Estado confesional, desplazando eventuales tentativas falangistas de imponer una íreligión política” (...) Desde luego, la Falange organizó algunas concentraciones a modo de autorrepresentación de su fuerza y capacidad de convocatoria, y desplegó en ella rituales civiles vinculados a un proyecto de fascistización del Estado, pero fueron intentos que no llegaron a erosionar la primacía de la Iglesia en la tarea de integrar a los españoles en el proyecto nacionalcatólico. “El modelo beligerante del nacionalcatolicismo franquista. La influencia del carlismo”, *Ibíd.*, p. 59.

<sup>11</sup> “25. Nuestro Movimiento incorpora el sentido católico —de gloriosa tradición y predominante en España— a la reconstrucción nacional. La Iglesia y el Estado concordarán sus facultades respectivas, sin que se admita intrusión o actividad alguna que menoscabe la dignidad del Estado o la integridad nacional”, *José Antonio Primo de Rivera...*, p. 340.

Como en el muy denostado liberalismo —(por ellos, ciertamente, menos que por nadie en la zona “nacional”)—, la religión debía relegarse a las sacristías y al ámbito de la conciencia individual y dejar paso, en la conducción de los pueblos, a los estratos sociales penetrados de la gravidez de ía hora históricaí. Después del triunfo de Mussolini sobre los *popolari* italianos, del agotamiento del “Centro” alemán que dejara expedito el camino de Hitler hacia el poder, y, sobre todo, del fracaso de Gil Robles y sus gentes para articular una convivencia democrática anclada en el centrismo, el catolicismo político se hallaba desahuciado a sus ojos como palanca regeneradora de los Estados europeos. Su promesa de futuro, los jóvenes, merecían otros guías para la forja de un “nuevo Imperio”. En el creado por Isabel y Fernando, el catolicismo de un pueblo con vocación de mando y galvanizado por la energía histórica resultante del final de la empresa reconquistadora había sido pieza fundamental, en tanto que en el presente perdería tal papel, en beneficio de las fuerzas que, conectadas con el *kairós* de la política mundial, afrontaban la responsabilidad de timonear el crucial momento.

Y fue aquí, en la disputa por la formación y control de la juventud, donde se alzó el telón del sordo e implacable duelo que, conforme a una línea inalterable a lo largo de su andadura contemporánea, enfrentó a la Iglesia docente española con la Falange, como lo efectuase en los periodos anteriores con los grupos políticos e ideológicos partidarios de la educación pública con carácter uniformador y laico que hiciera desaparecer, definitivamente, en la juventud del país, la existencia de “dos almas”. De acuerdo con la jerarquía eclesiástica más estricta, sería su cabeza en el plano institucional la que abanderase, de su lado, la controversia.

### LA POSICIÓN DE GOMÁ

La voluntad de estilo —doblemente plausible en un escritor como Gomá para el que el castellano constituía su segunda lengua— y los extensos conocimientos —exhibidos, a veces, un poco de modo pueril, a la manera de otros muchos grafómanos— así como, bien se entiende, el rango del autor otorgaron a sus escritos de guerra una amplia difusión y un marcado interés público. El más famoso de entre ellos —de redacción plural, el conjunto de la jerarquía eclesiástica, pero salido casi *ad integrum* de su infatigable pluma—, la *Carta Pastoral del Episcopado español a los Obispos del mundo entero*, de 1 de julio de 1937, ofrecía ya, según se recordara, significativos párrafos en pro de la transustanciación entre catolicismo y nación española desde los orígenes de ésta, al paso que, de forma más tangencial, se manifestaba una acera crítica al despunte en ciertas esferas de la zona franquista de ideas partidarias de una estatolatría incompatible con el ser histórico español, y se expresaba una velada pero significativa advertencia ante cualquier extraña deriva: “(...) la ideología extranjera sobre el Estado, que tiende a descuarjarle de la idea y de las influencias cristianas

(...) La Iglesia, con ello, no ha podido hacerse solidaria de conductas, tendencias o intenciones que en el presente o en el porvenir pudiesen desnaturalizar la noble fisonomía del Movimiento Nacional, en su origen, manifestaciones y fines<sup>12</sup>.

Pero sería transcurrido un año y medio, es decir, cuando el término de la contienda civil se presentía en los círculos dirigentes nacionalistas al alcance de la mano, el momento en que apareciera la carta pastoral del primado titulada “Catolicismo y Patria”, el texto quizás en que el autor explicitara con mayor profusión de datos y razones sus tesis acerca de la asociación, para él indisoluble, de los términos catolicismo y nacionalidad española. Para entonces, la labor de inducturamiento había avanzado alarmantemente en el interior de la zona franquista, conforme a la opinión acaso exagerada expresada por el primado toledano en varias misivas de su correspondencia particular, erigiéndose en amenazante realidad lo que en julio de 1937 cabía estimar tendencias en agraz. El dominio por parte falangista de varios de los resortes del aparato del Estado y el declarado aliento de la diplomacia alemana en su tarea cultural concedían a sus líderes una posición de fuerza privilegiada en el tablero político e intelectual, que, a medida que progresaba el calendario, incubaba los peores presagios. Dos semanas antes de editarse *Catolicismo y Patria* habíase firmado en Burgos —24 de enero de 1939— por el ministro español de Asuntos Exteriores, el muy católico y poco germanófilo general Jordana y el embajador alemán Stohrer el Convenio Cultural hispano-alemán, denunciado con rapidez por la diplomacia vaticana y nunca ratificado ulteriormente; pero cuyo contenido hizo saltar todas las alarmas en el episcopado<sup>13</sup>.

Pese a lo antedicho acerca de los temores quizás excesivos del primado sobre la propagación del ideario nazi en la España nacional, no cabe, empero, dudar de que el casandrismo episcopal estaba en buena parte justificado en vísperas de la victoria militar y política sobre el bando republicano. Obediente a una campaña cultural bien planificada y financiada o, en todo caso, bienquista y apoyada desde el Poder, en una España en ruinas brotó un torrente de publicaciones favorables a las principales tesis del Estado totalitario, en las que en muchos de sus títulos, en la este la sobre todo de Karl Schmidt, se entonaba la apología de algunos de sus principios, salvo los del racismo más biologizante. Ante el ocaso creído definitivo del Estado liberal, una cohorte de intelectuales universitarios —en la que, naturalmente, predomina-

---

<sup>12</sup> “Ya en julio de 1937 la Carta Colectiva de los obispos españoles había sido aprovechada por la jerarquía católica para hacer llegar a las autoridades militares su descontento por el papel desempeñado por Falange en tareas políticas, culturales y educativas, y la creciente influencia de las potencias fascistas sobre el régimen español”. J. L. Rodríguez Jiménez, *La extrema derecha española en el siglo XX*, Madrid 2001, p. 293. *Vid.* también J. M. Cuenca Toribio, *El Cardenal Gomá en la República y la guerra civil*, Madrid 2008.

<sup>13</sup> En su muy notable tesis de doctorado, *Franquismo y Tercer Reich. Las relaciones económicas hispano-alemanas durante la segunda guerra mundial*, Madrid 1994, R. García Pérez, apenas se refiere, como es natural dado el objetivo de su trabajo, a estos aspectos, aludidos, sin embargo, con mucha propiedad, por A. Marquina en su excelente tesis doctoral, *La diplomacia vaticana y la España de Franco (1936-1945)*, Madrid 1983, pp. 142-153.

ban los más jóvenes— se lanzó a la confección de un Estado totalitario adaptado a un país como España cuya inmediata deriva histórica era, por completo, distinta a la de Italia y Alemania e, incluso, a las del resto de las naciones regidas coetáneamente por él. Será sin duda ocioso llamar la atención sobre las fintas dialécticas, los cubiletes y volaterías en una materia poco lábil para demostrar la compatibilidad de la fórmula totalitaria con la de la tradición nacional, impregnada hasta el hondón por el pensamiento católico y la absoluta primacía —al menos en el terreno doctrinal— del derecho público cristiano. Como volveremos, bien que muy superficialmente, sobre tan sugestivo punto y debido en especial a que comienza a investigarse con pertinencia por los estudiosos de la Filosofía del Derecho español, acaso sirva lo pergeñado como mínima y obligada introducción histórica a la importante toma de postura del primado Gomá frente a él.

Erudiciones y saberes bien edificados los extraía el cardenal de Toledo de su abastada aljaba para pretender demostrar, a ser posible apodícticamente, la almendra de su escrito, contenida en la ya tantas veces reiterada identificación de sentimiento religioso y nacional en el pasado patrio. Al presentar los títulos históricos poseídos por el catolicismo español para legitimar sus reivindicaciones en la materia, el cardenal Gomá, de formación tradicionalista y alguna colindancia afectiva con el carlismo en sus días tarraconenses, debió enfatizar, por necesidades del guión, la identificación entre catolicismo y España, a fin de subrayar —se insistirá— la equiparación en la historia hispana del hecho religioso con el patriótico, de la Iglesia y la nación, de una nación erigida justamente en nervio de toda la argumentación de sus rivales. En la impugnación *per diametrum* de un estatalismo en el que el primado y los obispos veían la copia y hasta el tributo de la *intelligentzia* joseantoniana a esquemas totalitarios, se deslizaba con frecuencia un mesianismo declarado y una indisimulable hipóstasis de la asociación íntima entre nacionalidad hispana y cristianismo, de su consustancialidad, en definitiva. “Así Catolicismo y Patriotismo representan para nosotros a un tiempo los factores máximos de nuestra grandeza y el doble altar en que ofrezcamos los mayores sacrificios. Lo primero, porque todo en el hombre tiene su aspecto social, en orden a la Patria de la tierra y la del cielo. Lo segundo, porque los sacrificios responden al favor de nuestros bienhechores, y no hay otro superior al que nos hace Dios al hacernos hijos suyos, y el que le sigue en orden, que es el que nos hace la Patria, al acabar en nosotros, en el orden natural, la obra de Dios y de nuestros padres. Ya veis, amados diocesanos, cómo el doble concepto de Dios y Patria, que tiene su expresión social en el Catolicismo y Patriotismo están profundamente vinculados, en el orden objetivo y el de nuestros afectos...”<sup>14</sup>.

En buen pedagogo eclesiástico, con el fin de ganar el ánimo de sus lectores, los principales eslabones de su cadena argumental se bruñían con limpidez e

---

<sup>14</sup> *Por Dios y por España. Pastorales. Instrucciones pastorales y artículos. Discursos. Mensajes. Apéndice. 1936-1939*, Barcelona 1940, p. 180.

insistencia para explicar los extremos cardinales de su exposición, envolviendo el discurso regenerador en una nostalgia grata al par que estimulante para la gran mayoría de sus receptores. Notorio experto en las técnicas proselitistas de la apologética clerical del XIX y algo al tanto de las de la política contemporánea, Gomá procuraba instilar en el público su percutiente mensaje con rítmica dosificación de su ingrediente básico, descrito con indudable garra dialéctica. La relativa superación por el cardenal de la retórica convencional eclesiástica y, a ratos, su vigor y plasticidad discursivos, introducían su pastoral en la corriente más viva de la literatura bélica, sin secreto alguno para sus adversarios falangistas, prestando a varios de sus pasajes un aire, formal y estilísticamente, actual.

La originalidad no figuraba, naturalmente, entre los méritos de la pastoral. Los extremos básicos de la visión menendezpelayista ya canónica sobre el tema eran los abordados, globalmente, en su invocación histórica por su pedisecuo discípulo. El cual reservaba sus acentos más novedosos para la lectura actualizada de varios de sus puntos, con alusiones unas veces veladas y otras menos encubiertas a los asuntos candentes del *hic et nunc* de la España franquista. Cumpliendo con lo anunciado sutil pero expresivamente en la *Carta Pastoral colectiva* de julio de 1937, su actitud frente a la prédica y disposiciones de corte estatalista, en las que los falangistas de la retaguardia habían hecho ya mucho camino un año y medio después de la edición del famoso documento —en el que, llamativa y sintomáticamente, el término ícruzadaí no aparecía...—, no dejaba lugar a equívocos, pese al lenguaje críptico intencionadamente usado por Gomá: “Tan temible es la reducción de los valores humanos, la disminución de la personalidad humana, hecha desde abajo como desde arriba; y sería lamentable que, en vez de buscar la fuerza social y la grandeza de la Patria en la dignificación espiritual del ciudadano y en la trabazón armónica y natural de todos los elementos que integran un pueblo, se formara un artificio de fuerza, más o menos brillante, que regulara, en cuadrícula inflexible, el pensamiento y las actividades de todos (...) Hoy mismo, al tiempo que en algunos países se restaura la doctrina de un Estado con poder absoluto, sin limitación por la moral y el derecho, erigido él mismo en fuente trascendente en todo derecho (...) El Catolicismo representa el equilibrio entre el poder y el pueblo (...) El Catolicismo equilibra y garantiza la misma constitución política de los Estados con respecto a otros y dentro de sí mismos, por cuanto es él el que pone la justicia y el equilibrio en el mismo sentimiento de Patria. Porque el Patriotismo, que es virtud moral cuyo límite puede ser el sacrificio de la vida misma, puede tener sus desviaciones y causar la ruina de los pueblos. Precisamente los grandes peligros de los pueblos modernos, que pueden hasta amenazar nuestra civilización secular, o que a lo menos pueden producir gravísimos trastornos de orden internacional, derivan de las adulteraciones del patriotismo y del nacionalismo”<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 195-196.

En la continuidad de uno de los ataques más acerados en el fondo de la literatura eclesiástica coetánea contra las doctrinas nazi-fascistas respecto de la deificación de la Nación y del Estado, el cardenal primado despejaba los límites de la cooperación de la Iglesia con el poder político. Sólo en un Estado católico, cimentado en la dignidad del hombre y en los principios del derecho público cristiano, su cooperación y aun su respaldo serían plenos; sin que, de otro lado, se diese lugar a ningún cesaropapismo ni enfeudación entre una y otra esfera. Con el objeto de que ningún católico español fuese incriminado de tibieza en su comportamiento hacia el Estado, todos los conscientes de tal situación habrían de ser irreprehensibles en su modélico patriotismo. Ser español era ser católico. Acaso por el mayor caudal de información que poseía, Gomá fue, según se reseñara más arriba, el prelado que mayor importancia concedió al peligro de una deriva totalitaria en el íNuevo Estadoí, tan distinto en varios puntos esenciales al “Estado Católico”.

El cardenal recelaba de que, con la omnipresente cobertura alemana, la fusión, siquiera circunstancial, de los afanes falangistas con las actitudes regalistas, muy vivas entre los nostálgicos de la Dictadura y los seguidores de Acción Española, desembocase en un esterilizador intervencionismo estatal, primer paso, en manos expertas, del sometimiento de la Iglesia hispana a las fuerzas totalitarias. Percatado al mismo tiempo de la muy escasa densidad doctrinal del catolicismo popular español —sobre cuyo nivel formativo nunca se hizo demasiadas ilusiones, antes al contrario— y del marginamiento en que se encontraban las corrientes democristianas, la estrategia de Gomá, previendo futuros y adversos avatares de la Iglesia hispana, descansó en colocar en el primer puesto de la vanguardia patriótica y nacionalista a los católicos, listos para admitir con ventaja en este campo cualquier juicio comparativo. Conseguido este óptimo, se conjuraría cualquier posible amenaza contra la religión tradicional, pues era ella y no ningún otro factor la fuente del auténtico patriotismo nacional. Con frases bien medidas y hábil método analítico, el primado devolvería al catolicismo el cetro perdido en el discurso del nacionalismo español desde hacía décadas. Pues, efectivamente, uno de los aspectos más innovadores de su carta pastoral estribaba en la ícorreccióní de la marcha adoptada por el nacionalismo español finisecular, al invertirse, a raíz del Desastre, los conceptos de su primigenia fórmula: Religión y Patria, en lugar de Patria y Religión: “(...) la guerra de la Independencia y esta otra guerra contra el bolchevismo, opuesto por diámetro al Catolicismo: todos estos hechos son como la columna vertebral que sostiene la historia patria; su médula es el Catolicismo. Catolicismo y Patria se han dado un abrazo secular en tierras de España”<sup>16</sup>.

El clima de cruzada de la España franquista, con la consiguiente desaparición en las filas del Ejército del antiguo espíritu liberal y, más parcialmente, anti-

---

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 219.

clerical, movió a Gomá a retomar el primer enunciado. En el asentamiento de tal inversión iba a consistir, según se recordara ya más arriba, la *quaestio disputata* entre el falangismo doctrinalmente militante y el episcopado acerca del ideario de la España vencedora. En ella, las fuerzas armadas ocuparían un lugar predominante, pues, al contrario que en los países del Eje, su peso político resultaría crucial como protagonista absoluto en la contienda civil a punto de concluir cuando se publicaba la pastoral. En la balanza del poder, con un Franco ensalzado sin medida por los falangistas y cortejado por los alemanes, su inclinación se mostraría determinante. Su papel de adalid en la lucha contra el bolchevismo y la íanti-Españaí la incardinaba, ahora, en un cambio de agujas si no espectacular sí considerable, en el campo de la tradición conservadora, ya que, al igual que Franco, los militares de nombradía se ubicaban en dicha órbita, con las excepciones de Yagüe y Muñoz Grandes, en el sector falangista, y Varela en el carlista<sup>17</sup>.

Diversas circunstancias facilitaron el trascendente viraje. El revival espiritual provocado habitualmente por las catástrofes bélicas y el rápido retorno a la situación religiosa anterior a abril de 1931 —bien que bajo su aparatosa superficie tardase en reconstruirse los viejos canales de la relación entre ambas potestades—, junto con el completo ostracismo de las corrientes liberales, devolvieron al estamento castrense a una coyuntura ideológica casi de Antiguo Régimen; mentalidad que llegó a ser hegemónica cuando poco más tarde se produjo su íremonarquizacióní, fenómeno de efectos inducidos en su repudio del ideario falangista. Seducido Franco por la personalidad y conducta de los dos prelados más propensos a la “divinización” de la guerra civil pese a su *seny* y moderación acreditadas, Gomá y su coterráneo Pla i Deniel, su lenta pero irrefrenable aproximación a la veta del catolicismo tradicional defendida por los cultos prelados catalanes, serviría de ejemplo a jefes y generales de sus tropas. En tal atracción, la labor de zapa llevada a cabo por el “converso” falangista Serrano Súñer no logró más que ralentizar un proceso exuberante de contradicciones y ambigüedades hasta su desembocadura.

El pujante reverdecimiento del regalismo fue acaso la más importante de dichas contradicciones. En el catolicismo nacionalista predicado por el primado y el resto del episcopado, tal rebrote implicaba un elemento distorsionador. Consciente de ello, en el enconado pleito que sostenía contra el conservadurismo y la Iglesia docente, la joven elite falangista se pasaría con armas y bagajes a dicho campo, defensor, pensaban, al fin y al cabo, de un gibelismo reacio al poder de frailes y curas...<sup>18</sup>.

---

<sup>17</sup> Apenas se introduce en el excitante tema un grafómano castrense, M. Alonso Baquer, pese a que en su embarullado libro *Franco y sus generales*, le dedicara todo un capítulo íEl alma que había de dirigir las espadasí. Madrid 2005, pp. 105-144

<sup>18</sup> J. M. Cuenca Toribio, *Relaciones Iglesia y Estado en la España contemporánea (1833-1985)*, Madrid 1989.

En las postrimerías de la contienda y, de modo más singular, en los inicios de la posguerra, todo se instrumentalizaba en la batalla desatada entre los sectores ideológicamente más activos del nuevo régimen. Fue también ahora otra carta pastoral de Gomá —la última salida de su ebullente minerva— la que condujo a su clímax la lucha por el poder cultural en la flamante dictadura, lucha revestida de motivaciones religiosas y sociales. El texto gomiano —de ostensible tinte testamentario en diversos de sus párrafos— fue condigno de su condición. En su decurso nada quedó olvidado respecto a la refutación del pensamiento totalitario introducido de manera imparabable en las esferas políticas, acaparadas casi en su integridad por la Falange. A juicio del primado, el porvenir de España —resuelto en el plano de la simple subsistencia e identidad histórica en los campos de la guerra— volvía a ventilarse, culturalmente, en el terreno de la paz, con el triunfo o fracaso de la ofensiva total desencadenada al unísono por los agentes nazis y sus admiradores hispanos. Pero frente a la movilización frenética de estas minorías, los sectores confesionales daban muestras de atonía y desconcierto. La cruzada religiosa y espiritual contra el comunismo y sus compañeros de viaje desplegada en los días de la tormenta pasada tendría ahora un nuevo escenario, pero un mismo objetivo: la resistencia a quienes proyectaban de facto la descatalogación del país...<sup>19</sup>.

Advertido, como se apuntara, de que el escrito podría ser el postrero salido de su pluma —el cáncer urológico que provocó un año más tarde su muerte se había hecho ya presente—, la famosa pastoral titulada *Lecciones de la guerra, deberes de la paz* se descubría en varios de sus párrafos como recapitulación de los temas vertebrales de las que diese a la estampa durante el conflicto. Impresionado por el dinamismo que percibía en la política española y europea de las potencias del Eje en los meses transcurridos de 1939, el documento, fechado el 8 de agosto, se encuentra impulsado en todas sus partes por un vivo sentimiento de urgencia histórica. Con las concesiones inevitables a la fraseología oficial nacida de un clima de victoria, la pastoral destila un inenmbradable pesimismo frente a un porvenir patrio ritmado por los compases de la España tradicional, carente de vitalidad para imponerse a los envites de un tiempo cuyos protagonistas no se alineaban en su surco. Pese a la dureza de la persecución desatada contra ellos —por vez primera en sus escritos pastorales Gomá se detendrá con cierta morosidad en la descripción de algunos de sus episodios y víctimas—, los católicos no se habían percatado de la hondura ideológica del acontecimiento ni su movilización bastaba para contrarrestar las secuelas nocivas de una crisis secular y responder a los desafíos de la misma posguerra. Como descargo de una conciencia inocultablemente angustiada, el cardenal primado redactó su texto —se insistirá— con claros caracteres legatarios: España, “será católica o no será”. De su lado, pintaría por última vez la imagen histórica a la que debería acomodarse la construida por las generaciones católicas de la posguerra si hacían honor a su condición y al inmen-

---

<sup>19</sup> Vegas Latapie.

so sacrificio de la contienda recién finalizada. Así, su misión de pastor vigilante y celoso estaría cumplida hasta el fin.

No sorprende, pues, que el escrito gomiano alzapimara los rasgos en que la ecuación Catolicismo=España se dibujaba de manera más patente a sus ojos. Sin desazón por revisitar paisajes muy frecuentados por su pluma, el cardenal catalán se engolfaba en la profundidad de la obra secularizadora de todo un siglo de erosión de la religiosidad tradicional, de la pobreza cultural de las elites seculares y otros temas afines. Habida cuenta de la trascendencia historiográfica de esta última pastoral gomiana quizá no se incurriera en cansancio con la reproducción de algunos de sus pasajes más enjundiosos, con latitud permitida por su mencionada importancia. Bien que acaso sea ocioso por lo ya antedicho, recordaremos la identidad sustancial que para el primado toledano poseía el binomio Catolicismo-España, cuya savia histórica era por entero religiosa desde el momento mismo de su creación. Fijados definitivamente de este modo por la historia su ser e imagen, la fidelidad a ese modelo equivalía a la continuación de una gloriosa trayectoria, y la infidelidad, al vaciamiento y negación de su existencia. Tales eran a la vez la mayor lección de la guerra civil y el más elevado deber de la posguerra, en la que la magnanimidad y el perdón constituían para todo cristiano asignatura obligatoria. En este punto, la pluma cardenalicia se explanaba en una pedagogía de la caridad evangélica difícil de desarrollar en un ambiente como el de la España vencedora del verano de 1939, poblado de voces y ecos vengativos, adensados en un territorio como el de la archidiócesis primada en vanguardia de las listas martiriales de “la dominación roja”... Páginas vibrantes, las de la pastoral gomiana, de perdón y conciliación, por lo demás, poco recordadas en las evocaciones —generalmente estereotipadas— de su actuación y figura.

Mas en lugar de proseguir con la apretada síntesis de los extremos capitales del texto del cardenal será mejor, de seguro, dar paso directamente a su pensamiento. “Cada nación tiene su manera de ser y de vivir, como cada individuo tiene su temperamento y su historia. España, profundamente trabajada por los principios cristianos, ha logrado con los siglos y la gracia de Dios un temperamento que refleja la virtud del Evangelio que la informó en todos los órdenes. Más que pueblo alguno de la tierra ha sido España creada, como Israel en otros tiempos, por la mano amorosa de Dios (...) ¿Quién, a pesar de los siglos de desgracia, mantuvo vivo el nervio de la nación? Fue nuestra vieja fe cristiana; fue la conciencia tradicional de esta misma fe; fue la austeridad de vida moral que esta misma fe forjó en nuestro pueblo. Tenemos, amados diocesanos, una conciencia nacional católica, porque España, en su unidad, en su reciedumbre, en su expansión, se ha forjado en la fragua de los principios cristianos (...) Esta fe, sostenida durante quince siglos, por convicción racional y por luchas seculares contra terribles adversarios, es la que ha formado una tradición que es el peso del alma nacional; y esta misma fe secular, llevada a la vida individual y colectiva, es la que ha labrado el alma española y las almas de los españoles en la forma cristiana de la austeridad, de la rigidez de costumbres, de la sobriedad

de vida, una cierta ingenuidad que desconoce el cálculo, pero que sabe recoger todos los valores del fondo del espíritu y de la vida social, para lanzarlos contra lo que represente un peligro para la esencia de la patria, que es la esencia de su fe (...) Las batallas se juegan con las armas, el triunfo es obra del espíritu. Con los soldados de la España nacional, como en el Salado y Clavijo, en las Navas o en el Bruch, luchaba y vencía la vieja tradición amasada de Religión y Patria, aprendida en templos y hogares, nutrida del aire sano de la pura historia nacional, robustecida por la fuerza del corriente secular, como de torrente que se despeña de las alturas (...) Búscanse hoy en la historia patria las grandes virtudes de raza para restaurarlas y seguir viviendo días de gloria nacional. Ninguna virtud más trascendente que este sentido social de Dios de que está impregnada nuestra historia. Se habla ahora del vértice y de la verticalidad, en principios y procedimientos, como se habla de totalitarismos. Las palabras son nuevas, aunque se apliquen a otro orden; no lo son los hechos; porque en España Dios estaba en el vértice de todo —legislación, ciencia, poesía, cultura nacional y costumbres populares— y desde su vértice divino bajaban al llano de las cosas humanas para saturarlas de su divina esencia y envolverlas en un totalitarismo divino, del que sólo podían escapar las inevitables claudicaciones de la libertad individual (...) Cuanto a España, ha llegado a ser lo que es porque ha sido hija de la Iglesia. Hemos llegado a punto de morir porque manos temerarias y sacrílegas han intentado estrangularla entre nosotros. Si nos hemos salvado ha sido precisamente por el vigor que en el espíritu nacional había dejado ella escondido durante siglos de actuación entre nosotros. No seguiríamos nuestra historia el día en que pretendiéramos separarnos de la que espiritualmente nos dio a luz y nos nutrió durante siglos<sup>20</sup>.

Conforme se habrá observado, las alusiones a la más hervorosa actualidad no faltaban en un texto que, de naturaleza conceptual y filosófica en su primera parte, bajaba el vuelo para abordar, sin perder la orientación, en la segunda los problemas del lacerante presente. Desconocemos a nivel historiográfico casi todo de lo acontecido en las esferas dirigentes del franquismo durante los meses de junio y julio de 1939, sin duda cruciales en no pocos aspectos, con una situación que desembocó en la primera crisis ministerial de la incipiente dictadura. La ruptura con la malhadada herencia del ísigo liberalí era el gozne que enquiciaba la España que aspiraba a edificar el Nuevo Estado. Pero su sesgo era distinto en falangistas y católicos tradicionales. Para los primeros, concernía de modo fundamental a los aspectos sociales y económicos, en tanto que para los segundos se centraba primordialmente en el plano político-doctrinal, el atenido de modo casi exclusivo por el escrito pastoral y en el que su autor abrigaba no pocos miedos sobre su adecuado encauzamiento. Aunque tampoco es descartable que alguna referencia a la capacidad integradora de la Falange y a la reivindicación de varias de las personalidades cimeras de la Edad de Plata de la cultura hispana, hecha a manera de globo sonda en la primavera desde

---

<sup>20</sup> *Por Dios y por España...*, pp. 241-243.

las filas joseantonianas, acreciese el recelo del cardenal ante una nazificación de la política nacional, más en unos momentos en que el “Caudillo” semejaba dar muestras de cierta vacilación frente a la firmeza monolítica de los días de la guerra. Con un carlismo de retorno a sus tradicionales cuarteles de invierno y unos monárquicos y católicos expectantes y medrosos, las banderas y consignas falangistas dominaban todo el espacio público, capitalizando propagandísticamente en exclusiva Serrano y su círculo el triunfo en la guerra y los primeros pasos de la paz.

Lejos, no obstante, de suponer amortizados con la victoria los valores religiosos y doctrinales de la España tradicional, el primado invocaba con fuerza sus grandes virtualidades en la etapa inaugurada el 1 de abril. Frente a claudicaciones, deturpaciones e interrogantes sobre el lugar de la Iglesia española en el inmediato porvenir nacional, la solución estribaba en más y mejor catolicismo, en el esfuerzo redoblado de sus fieles más concienciados. Sólo así se evitaría el secuestro de los ideales esenciales que produjeron, cuando el país se precipitó en la hondonera a la que le llevó una crisis secular, su salvación.

El ataque, no por formalmente comedido, menos virulento, al himno de la Falange, al mítico y por entonces mitificado *Cara al Sol*, revelaba, de modo palmario, la intransigencia del prelado catalán ante lo que, claramente, creía el avasallamiento joseantoniano en la todas las esferas de la vida de la nación. El débito del pensamiento falangista con el masónico, incontrovertible para buen número de sus adversarios en la España nacionalista, planeaba con fuerza sobre lo que —no podía caber duda— era una ocasión forzada para condenar el paganismo de la visión de ultratumba de los admiradores del Estado totalitario: “Pero hay formas de traducir este pensamiento y este hecho universal que tal vez desdigan del pensamiento cristiano sobre Dios y patria, y hasta de la idea cristiana del heroísmo y de la muerte. Una llama que arde continuamente en un sitio público, ante la tumba convencional del ísoldado desconocido, nos parece una cosa bella, pero pagana. Es símbolo de la inmortalidad, de la gratitud inextinguible, de un símbolo representado por la llama que sube, pero sin expresión de una idea sobrenatural. Un poema ditirámico que se canta en loor de los ícaídos, con pupilas de estrellas y séquito de luceros, es bellísima ficción poética, que no pasa de la categoría literaria: ¿Por qué no hablar el clásico lenguaje de la fe, que es a un tiempo el clásico lenguaje español?”<sup>21</sup>.

---

<sup>21</sup> *Por Dios y por España...*, p. 262. Vid. lo que escribe acerca de ello, glosando confidencias y opiniones privadas de Gomá en su correspondencia, J. Andrés Gallego en su muy sugestivo y documentado libro *¿Fascismo o Estado católico? Ideología, religión y censura en la España de Franco. 1937-1941*, Ediciones Encuentro, Madrid 1997, todo el extenso párrafo titulado “Las causas de la prohibición (de la pastoral gomiana de agosto de 1939): las pupilas de estrellas y los séquitos de luceros”, pp. 202-205. Los poetas lo arreglan casi todo. Tal vez Gomá observase la compatibilidad entre temas que él creía desunidos en el artículo escrito por A. de Foxá —*Arriba*, 28-XI-1939—, a propósito de la inhumación del cadáver de José Antonio en El Escorial: “(...) y vas (magnífico símbolo de tu entierro) de la diversidad de sensual de Levante a la unidad católica de la piedra de El Escorial (...) Los cielos de estos campos que pudieron ser de Asia, vuelven a ser católicos; caminas entre la empolvada Falange de la tierra y la luminosa falange de tus luceros...”

Impugnación, sin embargo, que no pasaba de ser sino el preludio del anatematizador expresado aún con mayor firmeza y rotundidad: “Y si un día sufriéramos una desviación, porque nunca son perfectas las obras de los hombres, porque el exceso del mal llevara a tolerancias indebidas, porque un equivocado concepto político del Estado cohíba o tuerza la vida colectiva o amenace deformar nuestra fisonomía histórica, siempre quedará a los católicos, que no deberán ceder a nadie en las avanzadas del patriotismo, el derecho de unirse para la defensa de los que derivan de nuestra religión y hacerlos presentes con todo respeto a las autoridades del estado, que no quieren más por hoy que gobernar según las exigencias de la Religión y de la Patria (...) Y el otro error de un estatismo moderno y exagerado, que hace del Estado a un tiempo regla de moral y pedagogo de las multitudes. No es así, sino en un plano muy secundario. La acción del Estado será siempre externa y limitada: lo primero, porque no le es dado al Estado franquear siquiera los umbrales de la conciencia, donde se fragua el bien moral del individuo; lo segundo, porque la sociedad, sobre la que trabaja el Estado, ofrece un límite a la acción legislativa y coercitiva de la autoridad social, por la misma composición de sus elementos, heterogénea en el orden moral (...) Y aplicando este sentido a los actuales momentos de desquiciamiento moral producido por la guerra, y a estos tanteos de ordenación nueva, en los que se busca la forma definitiva de la nueva vida nacional, no nos será difícil tomar nuestro partido haciendo el bien que nos impone nuestra condición de cristianos. Esta denominación, la de cristianos, es la que debe prevalecer a través de todos los nombres y de todas las corrientes sociales. Sólo al precio de un gran esfuerzo de la libertad personal, que se adapte a las leyes de Dios y de la Iglesia y a la condición de nuestro Estado, podrá lograrse la mejora de la masa social de la que formamos parte. Y sólo a esta condición podremos alejar la posibilidad de otro azote como el que nos ha diezmando en todo orden y en el que debemos ver el castigo de nuestras indolencias y de nuestros pecados (...) Nuestro deber es nutrir nuestro pensamiento de la verdad religiosa de orden político y social que, sacada del Evangelio y de la tradición, han expuesto maravillosamente los Papas en los últimos tiempos. Déjese para ello a la Iglesia en la absoluta libertad que deriva de su constitución, y téngasela en el honor altísimo que reclama su origen divino y hasta la gloriosa historia de su intervención en las humanas sociedades. Es otro deber que hemos de cumplir todos si queremos sea fecunda en toda suerte de bienes la paz lograda (...) No se diga que hay pueblos grandes que prescindan de la Iglesia o la tiene aherrojada. La vida de los pueblos se computa por siglos; la historia dirá de la prosperidad de las naciones que se han desgajado de su tutela o se han alzado contra ella (...) No son los acorazados ni los cañones los que hacen fuertes a los pueblos, sino este vínculo espiritual que lo aglutina todo alrededor de Dios y de las grandes cosas que ha puesto Dios como soporte de las sociedades humanas”<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> *Por Dios y por España...*, pp. 268-275.

La consumada dosificación de tiempos y temas del extenso escrito pastoral se remataba con la alusión al legado de los muertos, oportuna y casi obligada en una España que asistía a un pugilato tanático entre los ívencedoresí. El contenido lirismo del texto de un obispo amante de la literatura abría su espita al llegar a su desembocadura, conciliando una ardiente fe religiosa-patriótica con la deuda a la lectura de los escritores tradicionalistas franceses, por él tan admirados y conocidos. ¡Amadísimos diocesanos: todo esto no sirve, o sirve poco, para la reconstrucción de la sociedad cristiana que todos anhelamos en esta hora en que queremos emprender la ruta definitiva de una nueva España. Partimos de la base de que ésta será católica o no será. Si no es católica, no será la que fue. Insistimos en el valor de magisterio y de vida de los muertos: no son éstos un poco de polvo, mezclado con la tierra que nos sostiene, sino que son el alma de nuestra historia. Y para seguirla con el mismo aliento cristiano con que la forjaron, estos millares de muertos levantan hoy sus voces trágicas, desde la tierra arada por la metralla, de los muros cuarteados de nuestras ciudades o de las prisiones y checas en que sufrieron la tortura, y nos dicen:

“Hermanos de religión y patria: Hay que rehacer, para salvar el espíritu, el alma católica de las multitudes (...) Hay que reivindicar el derecho a la sobrevivencia y al predominio de las ideas que han triunfado en la tremenda guerra; y éstas no son de acomodo, ni consienten el recambio. Lo más fuerte y sustantivo, porque es lo que brotó más espontáneamente del alma popular, es todo el conjunto de cosas que se contiene en la palabra ‘Religión’. Diga lo que quiera el clamor internacional, en España sabemos que se ha hecho una Cruzada, y que el signo que mejor califica el tremendo hecho en la Cruz (...) Hay que devolver a la sociedad su rango, que han envilecido las ideas, villanas y perversas, de las falsas democracias. Y esto sólo se logrará cuando la ideología católica haya penetrado la esencia de estas grandes cosas que integran la vida social: Estado y pueblo, autoridad y obediencia, propiedad y trabajo, el poder y su ejercicio. La revolución lo ha adulterado y desquiciado todo, y si se quiere vencer no hay más remedio que reconstruirlo todo según las exigencias de la filosofía cristiana y de la revelación, y sobre todo subordinarlo a la ley divina, que es la única que lo eleva y ajusta todo (...) Hijos de la Iglesia, antes que todo y por encima de todo, no debe faltar el concurso de nadie que se precie de católico en cuanto se refiera a la recristianización de nuestra vid social (...) Que Él extienda sus manos benditas sobre todo y lo vivifique todo con sus influencias divinas, y nada podrán los poderes adversos contra la España rediviva”<sup>23</sup>.

La requisitoria contra el pensamiento y la propaganda de la *intelligentzia* falangista en creciente de “Imperio” cuando Gomá redactaba su escrito no podía ser,

---

<sup>23</sup> *Ibid.*, pp. 298-300.

según se habrá comprobado sin dificultad, más severa. Casi ninguna de las frases trascritas deja de contener una verdadera carga de profundidad contra los principios, símbolos y mitos fundamentales de su ideario. Nunca demasiado definido y conceptualmente sólido, magmático y algo lábil, se escoraba, cuando “El Ausente” comenzaba a ser objeto de culto oficial y en espera impaciente por realizar la “revolución pendiente”, hacia latitudes clara e inequívocamente totalitarias, que quizás aquél hubiera rechazado. Sin observar a la luz del profundo antagonismo dialéctico —se repetirá con solicitud de indulgencia— entre la Iglesia y la Falange la vida política y social de la España de la postguerra inicial, será difícil penetrar en sus claves, ya que en ella se reflejan todas las tensiones —internas y externas— de esa coyuntura. Pese a la polémica que todavía caracteriza el tema de la existencia de un verdadero fascismo en España, los hechos no desmentirán desde luego que su ausencia debiese en gran medida a la oposición eclesiástica. Y en el momento en que estuvo más cerca de fraguarse una auténtica opción totalitaria, las dos pastorales de Gomá —en un semestre...— se demostraron en verdad cruciales para impedirlo.

Quince días separaron la rúbrica de su última pastoral de la firma del Pacto germano-soviético y veinticuatro del estallido de la segunda conflagración mundial. ¿Se escribió la pastoral a la luz de la intuición de tales eventos? No cabe afirmarlo. Su redactor poseía, sí, en grado considerable sensibilidad histórica y temperamento político. Muy probablemente —la documentación vaticana podrá aclararlo en tiempo próximo—, tanto Pío XI como, sobre todo, Pío XII, desde sus días de secretario de Estado antes y después del desencadenamiento del conflicto civil, reforzaron de modo directo las aprehensiones del cardenal frente a la marea nazi y fascista en el seno de los países de vieja Cristiandad. Pero, a la fecha, nada de ello es conclusivo acerca de su toma de conciencia del inmenso peligro que comportaba, para el porvenir de un país de formación y sociología católicas, la entrada subrepticia y sagaz de la mentalidad totalitaria. Desconcertado ante la reluctancia de Franco cara a la restauración monárquica, que, en la creencia de Gomá, hubiera desbaratado todos los propósitos albergados por los falangistas frente al futuro inmediato, quiso, como ya se expuso, dejar un solemne testimonio de su postura y un nítido camino para los perplejos y extraviados en la confusión de la posguerra.

Como es sabido, gran parte de la escasa atención suscitada en la bibliografía especializada por la figura de Gomá —eclipsada en la historiografía “progresista” por la de su coterráneo Vidal i Barraquer y en la conservadora por la del cardenal Segura— se concentra en su supuesta decepción, en el último año de su vida, frente al “Caudillo” y su régimen, dilapidador o secuestrador de los ideales de la guerra. Al ser un tema que hemos abordado con cierta largura en ocasión anterior y creerlo igualmente ajeno en realidad al propósito del presente trabajo, no haremos de él sino una alusión tangencial. Su disgusto ante la moratoria monárquica de Franco y el aplazamiento *de facto sine die* de la restauración borbónica será asunto dilucidado documentalmente en poco tiempo, una vez concluida la publicación

del vasto epistolario del cardenal y abierta la consulta del Archivo Vaticano para todo el periodo de entreguerras. Con todo, fuere el que fuere el resultado de las investigaciones que entonces se efectúen, en nada podrá afectar, sin embargo, a la permanencia de Gomá hasta el fin de sus días en la visión de España, de la índole religiosa de su identidad como nación<sup>24</sup>.

Hábilmente, cara a la contraofensiva doctrinal en toda regla a las ideas filototalitarias, representada por la pastoral del cardenal al primado, de las ideas filototalitarias y a su estrategia político-cultural, los falangistas apelaron al regalismo para reducir el impacto de un escrito de la naturaleza y tono del de la cabeza de la Iglesia hispana. Sería el propio Serrano Súñer el fautor de la prohibición que, en nombre de los fueros y regalías del Estado Español, cayó sobre la pastoral, limitada su difusión al puro ámbito de las publicaciones diocesanas, sin eco alguno periodístico. Los avatares ulteriores del escrito fueron igualmente elocuentes de la elevada tensión que presidió las relaciones de entrambas potestades a lo largo de 1940, en cuyo mes de agosto murió Gomá<sup>25</sup>. Con un falangismo en crecida por el arrollador éxito de la *Blietzkrieg* y la propagación incontenible de la pleamar nazi por el mapa del Viejo Continente, la Iglesia española, privada de su gran líder —el cardenal Segura no lo fue nunca y Vidal i Barraquer falleció en el exilio, el 13 de setiembre de 1943—, semejó padecer un cierto complejo de inferioridad ante el fuerte protagonismo desplegado por los totalitarismos conservadores y sus secuaces y epígonos peninsulares.

Pero el mensaje gomiano pareció entonces más actual y vivo que nunca. Frente a la politización del catolicismo propugnada por la minoría dirigente falangista, un catolicismo, convertido en levadura política de asociaciones y movimientos con

---

<sup>24</sup> Basándose en una bibliografía por entero infirme y restrictiva, Stanley G. Payne afirma rotundo: “El cardenal Gomá consideró que los resultados del resurgimiento religioso inmediatamente después de la guerra civil eran frustrantes, y murió en agosto de 1940, desilusionado políticamente”. “Gobierno y oposición (1939-1969)” en *La época de Franco (1939-1975). Historia de España de R. Menéndez Pidal*, Madrid, XLI, vol. I, p. 50. Nunca muy fuerte en sus referencias cronológicas, el cardenal Tarancón reconstruiría así la polémica suscitada por la pastoral: “Cuando él (Gomá) en conciencia creyó que debía poner serias reservas a algunas actuaciones del primer franquismo, tuvo un fuerte choque con Franco y encontró todas las dificultades del mundo para publicar aquella pastoral ‘Lecciones de la guerra y de la paz’ que era el primer signo de irreconciliación promovido por la Iglesia ya en 1941”. J. L. Martín Descalzo, *Tarancón, el cardenal del cambio*, Barcelona 1982, p. 171.

<sup>25</sup> Evidencia muy expresivamente la negligencia con que se analiza, de modo habitual, la figura de Gomá, entre otros muchos ejemplos, el que un reputado especialista del catolicismo español del siglo XX, el catedrático salmanticense Glicerio Sánchez Recio, data su muerte en marzo de 1940...: “La Asociación Católica Nacional de Propagandistas y la política española en el siglo XX”. *Calendura. Revista anual de estudios contemporáneos*, 5 (2002), p. 104. Como la autocrítica es ejercicio intelectual saludable, haremos constar que en la voz sobre Vidal i Barraquer que redactamos y apareció en el tomo IV del *Diccionario Eclesiástico de Historia de España*, Madrid 1975, incurrimos en un error garrafal —(ya que no tiene aire de un gazapo o errata)— al situar en setiembre de 1937 la “Carta Pastoral del Episcopado español a los obispos del mundo entero”, en lugar de julio del mismo año, según es bien sabido; y, finalmente —el catálogo de fallos era, en verdad, abultado—, anunciábamos una tesis doctoral sobre la figura de Vidal y Barraquer a cargo de A. Padilla Bolívar, que, en efecto, encetada, se trocaría luego en una acerca de Pablo Iglesias, ésta sí, por fortuna, defendida en la Universidad de Valencia, y más tarde —1976— publicada en una prestigiosa colección de la Editorial Planeta...

vocación de presencia y actividad públicas como el defendido por la pluma del recién fallecido cardenal, continuaba erigiéndose como última tabla de salvación para los creyentes en las libertades individuales y en unos derechos fundamentales previos a cualquier organización y sistema gubernamentales. Según es harto sabido, el pleno compromiso, en el terreno de la teoría —algo distinto sería el de la práctica...—, de la Iglesia con la democracia —Radiomensaje papal de la Navidad de 1942— se rozaba ya con los dedos en las postrimerías del pontificado del Papa Ratti. ¿Lo columbró así Gomá? No estamos en condiciones de afirmarlo, bien que algún dato como el de su esperanza en Gil Robles como líder de un gran partido confesional semejaría indicarlo, aunque, en verdad, sin ningún valor concluyente. Pero sin mostrarse vanguardista en el pedregoso camino culminado por el Vaticano en la efemérides antedicha, el cardenal toledano sí fue, como rendido admirador de Santo Tomás, decidido defensor de la dignidad inalienable de la persona humana, rasgo de ordinario opacado en la consideración de su figura.

A esta luz ¿es posible estimarlo como uno de los primeros y principales teorizadores del nacionalcatolicismo *avant la lettre*, esto es, de la visión del nacionalismo español que sirvió el caldo de cultivo propicio a su eclosión? Aquí la respuesta ha de ser tan matizada que diluirá en parte su índole, globalmente, afirmativa. Excepción hecha del providencialismo y mesianismo casi inevitables en una dignidad eclesiástica de su generación y de textos con fuerte trémolo retórico en algunos pasajes, la exaltación del catolicismo español no se mostró en su discurso con carácter excluyente o negativo del de otros pueblos. En tiempos particularmente críticos como los años treinta de la centuria pasada, de naufragios ideológicos y políticos definitivos o circunstanciales, de grandes conflictos latentes o declarados, un catolicismo emocional y retóricamente nacionalista constituía cuando menos un *pis aller* para encarar un desafío sin precedentes como el planteado a Occidente por los totalitarismos de diverso signo nacidos en su viejo solar. Sin poder creativo ni estatura intelectual descollante, Gomá refundió y actualizó, desde el ángulo obviamente más tradicional, la línea de fuerza predominante en el débil y abierto nacionalismo español del siglo XIX, integrando en la síntesis una de las aportaciones claves de su trayectoria durante el primer tercio del novecientos: la hipercastellanización de su discurso, que llevaría al primado en algún momento a la descalificación —mesurada y muy puntual— del mismo nacionalismo catalán<sup>26</sup>.

Como en su versión ochocentista, el hecho religioso precedió en su tesis al nacional o patriótico que en los inicios del novecientos anteciedera a aquél; lo que, de otra parte, no supondría obstáculo para que, aunque en una posición subordinada, Gomá enalteciera el significado de los valores cívicos, entre los que los castrenses se situaban en posición predominante, según también ya se viera más arriba (Por ello,

---

<sup>26</sup> *Por Dios y por España...*, p. 281.

y asimismo como eficaz táctica frente a sus adversarios falangistas, el cardenal catalán no desaprovecharía ocasión alguna en sus textos para loar la actividad de los militares en todo tiempo y, muy específicamente, en la guerra civil...). Es muy posible que, de no mediar ésta, el nacionalismo español, frente al alza de los “periféricos” y el progreso de la secularización, se habría escorado de modo imparable y destacado hacia la hegemonía completa del componente patriótico secular de su primera formulación novecentista. En cierto sentido, las dos últimas cartas pastorales del pontificado toledano de Gomá restablecieron el viejo equilibrio ochocentista, aunque, de facto, con un predominio del factor religioso, inexistente en el discurso socializador de aquél. No radicó aquí, empero, la principal diferencia del discurso nacionalista gomiano respecto del decimonónico —sobre todo, tras la Restauración— ya que sus temas e ingredientes pertenecían, como acaba de verse, al acervo del nunca agresivo e hiriente nacionalismo hispano. Por razones en gran parte explicables en la coyuntura en que se explicitara, la tesis del cardenal estuvo amputada de un elemento básico en su primigenia formulación: el énfasis de su componente liberal, de su enaltecimiento de las libertades, rasgo que lo envolviese por completo e incluso nimbase en su travesía anterior.

De suerte, pues, que, al comenzar la década de los cuarenta en la que alzaría su vuelo el corraleño nacionalcatolicismo, Gomá había implementado parte considerable de sus materiales en un discurso del que nunca imaginase su giro posterior, instrumentado en buena porción al servicio de causas que no le fueron muy atractivas, como, v. gr., la exaltación del poder político. Pese a la consustancialidad que, globalmente, estableciera, como ya se ha visto, entre religión y patria, catolicismo y España, en todo momento se manifestó, según también se ha comprobado, celoso guardián de las facultades, prerrogativas y derechos de la Iglesia e invariablemente respetuoso con la esfera y competencias de la potestad temporal. Incluso en los tártagos de la guerra y en los días de la exaltación del “Estado Católico” y, simultáneamente, del “Caudillaje”, creyó con firmeza que en la fórmula evangélica “Dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” se encerraba, junto con el mensaje de Cristo, el medio más adecuado para una relación fecunda de los dos planos de la vida de la sociedad y el hombre confesionales. No fue así en la España de los años inmediatos. ¿Aprendiz de brujo, juguete de las circunstancias? Ni lo uno ni lo otro: simple —y abnegado— servidor de su ardua misión de hombre de Iglesia en tiempos revueltos<sup>27</sup>.

---

<sup>27</sup> Cf. J. M. Cuenca Toribio, *El cardenal Gomá en la...* Como el tema semeja el cuento de nunca acabar por el interés de cierta historiografía y de gran parte de la literatura eclesiástica actual sobre la actitud de la Iglesia en el primer franquismo, se hará preciso recordar que, tras la última entrevista –13 de diciembre de 1939– que tuviese con Franco –calificada por el cardenal de “máxima cordialidad” en el informe remitido a Roma cinco días más tarde– escribió Gomá en este mismo documento: “El hecho lamentable de la prohibición de mi pastoral se debió a una mala interpretación de autoridades de segundo orden, toda vez que el Jefe del Estado no hizo más que prohibir comentarios al documento, porque de él abusaban para sus fines políticos los adversarios del régimen”. *Apud* A. Granados, *El Cardenal Gomá, Primado de España*, Madrid 1969, p. 235. Aunque interpreta íntegramente de modo desacertado tal episodio, merece subrayarse la semblanza –sobre todo, dada la senda ideológica en que se advera su estudio– en todo positiva trazada por E. Miret Magdalena en sus muy curiosos recuerdos: *Luces y sombras de una larga vida. Memorias*, Barcelona 2000, pp. 258-261.

Antes, empero, de abandonar definitivamente su figura como actor principal de un trascendente capítulo de la historia española contemporánea de tan gran incidencia en el desenvolvimiento de la trayectoria final del nacionalismo hispano y de su hijuela, el llamado nacionalcatolicismo, hemos de preguntarnos si no ha de endosarse a su memoria, como líder indiscutido de la Iglesia de su tiempo una grave responsabilidad a la hora de aspirar a una solución de consenso en la búsqueda de nuevos caminos para el sentimiento y el ideario nacionalistas. Aunque, ciertamente, la formulación, al inaugurarse el siglo XX, de la segunda filosofía o teoría del nacionalismo hispano quebró algo el equilibrado acuerdo del que surgiera sesenta años atrás, la fractura reflejaba, a fin de cuentas, la evolución del propio cuerpo social, y nunca los beneficiarios —un patriotismo más secularizado y una identidad cultural más civil— intentaron extraer —por razones quizá tácticas pero en todo caso harto visibles— demasiados réditos de su ventajosa posición. Bien que nuestra hipótesis analítica, conforme habrá quedado ya al descubierto, se inclina —sin afición fiscalizadora alguna, sino como deber profesional ineludible— por imputar el mayor porcentaje de desacierto a las elites falangistas que buscaban la modernización del país a través del Estado nacionalsindicalista, hiperautoritario y supercentralizador, por vez primera en el curso de los doscientos últimos años de vida española con desbordada autoestima y pletórico de moral, no por ello podemos sustraernos a la impresión de que a la Iglesia jerárquica le faltó, en el trance, flexibilidad para volver al espíritu de transacción que constituyó el humus generador del nacionalismo español contemporáneo y el de su readaptación en los albores del novecientos. Por supuesto, que en el primer franquismo su posición era bien distinta a la tenida en la España del Desastre, cuando recorriese una etapa singularmente depresiva, pero justo por tal motivo pareciera que era mayor su ánimo de acuerdo en una materia *per se* litigiosa. Claro es, no obstante, que al visualizar así el fenómeno quizá se incurra en flagrante y abultado error de perspectiva al presumir que la *intelligentzia* totalitaria estaba dispuesta a ceder en algún punto de su “idea de país”, del proyecto de construcción de una España a la altura del tiempo marcado por el eje Berlín-Roma, (En verdad, y con holgura, Roma-Berlín, para la inmensa mayoría de sus miembros...). Aun sin olvidarlo, a la Iglesia, administradora de siglos, tal vez le correspondiese en dicha tesitura un plus de talante negociador. Una personalidad como Gomá, perteneciente a un territorio del que el pactismo se encuentra en los genes de sus hábitos culturales, acaso pudo desplegar, en tiempos sin duda aborrecidos para cualquier diálogo, un esfuerzo todavía mayor que el registrado por la crónica de aquellos días. Tal vez cuando entre en el dominio de Clío, el paisaje divisado sea diferente y se haga indispensable una rectificación. Pero a la espera de emprender ese proceso de reconstrucción acribiosa, quizá la mencionada sospecha sirva para esquivar cualquier peana hagiográfica a la evocación de su alta figura.

## EL ARRANQUE DE LOS AÑOS CUARENTA: EL INTENTO FINAL DE LA *INTELLIGENTZIA* FALANGISTA POR CREAR UN ESTADO NACIONALSINDICALISTA Y UN CATOLICISMO POLÍTICO

En diversas facetas, 1940 fue quizá el año más trascendente de la primera posguerra, reclamando de la historiografía del franquismo monografías que roturen otros campos de los cultivados con mayor impedimenta ideológica que factual y erudita. Al menos, como acaba de indicarse, en el tema que nos ocupa son más las lagunas que los paisajes bien perfilados lo observado desde su mirador. El segundo semestre del año contempló el asalto final de la *intelligentzia* falangista por el control cultural y político, aprovechando a fondo la favorable onda generada por la situación europea. Ningún teatro quedó al margen de la iniciativa<sup>28</sup>. Desde el diplomático hasta el legislativo, con protagonismo descollante, lógicamente, del cultural. El diálogo Madrid-Vaticano en torno a la reposición o no del Concordato de Bravo Murillo se revistió en ocasiones de aspereza, mientras que, en aspectos más secundarios, el regalismo como instrumento de fuerza dejaba sentir sus efectos, especialmente, en la lentitud de la abrogación de las leyes anticlericales de la República. Mientras que, al propio tiempo, las voces que solicitaban onda más amplia en la apertura hacia la obra de los miembros de la generación del 98 y otras relevantes figuras progresistas del pasado nacional se dejaban oír con asiduidad e intensidad crecientes.

No obstante, la vasta y bien planificada operación falangista se saldó, según es bien sabido, con una derrota. A pesar de su sedicente tancredismo y acomodación a toda suerte de tesisuras, la opción de Franco, en el tema del nacionalismo español que acumuló la masa crítica de su epifenómeno, el nacionalcatolicismo, quedó fijada, en verdad, en su fuero interno, desde los días de la guerra a favor del planteamiento gomiano, en el que viera estrechas similitudes con el pensamiento de Víctor Pradera, que le fuese íntimamente tan querido. La crisis que precedió a la primera remodelación del segundo gabinete de la dictadura a mediados de mayo de 1941 —día 16—, con el descontento de la disidencia falangista más radical política y doctrinalmente de la España tradicional, evidenció con patencia la idea de Franco cara a la religión y la Iglesia católica<sup>29</sup>. La advertencia fue clara; y el mensaje perfectamente entendido por

---

<sup>28</sup> Escribe un lúcido testigo: “La propaganda alemana, dócilmente secundada por el régimen español, era abrumadora. Se ocultaba todo lo negativo de Alemania, por ejemplo la persecución religiosa, incluso a los católicos; conseguí un libro inglés sobre ello, con materiales riquísimos, que no dejaba la menor duda. Hitler era el salvador de la cristiandad (?), de la civilización occidental el fiel amigo de España, etc. Los periódicos publicaban un mapa de Europa, *sin Inglaterra* y con borrosos límites orientales (...) Los periódicos y las radios extremaban estas actitudes, sobre todo *Arriba, Informaciones y El Alcázar*”. J. Marías, *Una vida presente. Memorias*, 1 (1914-1951), Madrid 1988, pp. 287-288. Y un historiador también en primera persona: “En España la presión era visible (...) Todas las Universidades habían recibido lectores, que disponían de dinero, efectuaban regalos y al mismo tiempo informaban (...) Por medio del acuerdo entre Transocean y Efe, y de las subvenciones a periodistas, la prensa difundía una imagen favorable y atractiva de Alemania. Se había descubierto el modo de subvencionar a escritores, asegurando su compra de decenas de millares de volúmenes de sus obras. Quien guarde el recuerdo de aquellos años sabe muy hasta donde llegaba la penetración alemana”. L. Suárez Fernández, *Francisco Franco y su tiempo*, Madrid 1984, III, pp. 217-218.

<sup>29</sup> *Vid.* recientemente un panorama del momento en P. Moa, *Los años de Hierro*, Madrid 2007.

una Falange cada vez más burocratizada e integrada en un sistema a cuyo predominio ideológico renunciara a partir de entonces. La politización del catolicismo hispano tal y como se afanaran ardidamente los miembros más conspicuos de su *intelligentzia*, resultó inviable dada la relación de fuerzas en el seno del *establishment*. El que hasta el final de la guerra la Secretaría General del Movimiento estuviese desempeñada por José Luis Arrese, de rendida lealtad al recuerdo de José Antonio y, como él, de marcada relucencia antedecidista pero al mismo tiempo de un catolicismo de coadura tradicional subrayada, prueba la magnitud de la derrota sufrida por sus correligionarios. En varias ocasiones, él mismo impugnó su proyecto y certificó su fracaso al resaltar la inviabilidad de cualquier política cultural al margen de la ortodoxia religiosa más estricta<sup>30</sup>.

Como si los acontecimientos semejaran venir en apoyo de sus intenciones, pocos días después de la toma ministerial de Arrese, su declarado adversario Serrano Suñer y el nuncio Cicognani firmaban el célebre Acuerdo de 7 de junio, por el que, de manera indirecta, se confirmaba la confesionalidad de un Estado que se comprometía ía concluir cuanto antes con la Santa Sede un nuevo concordato inspirado en su deseo de restaurar el sentido católico de la gloriosa tradición nacionalí. Dos leyes fundamentales —el Fuero de los Españoles y la de Sucesión en la Jefatura del Estado— refrendaron —1945 y 1947, respectivamente— dicha confesionalidad antes de que volviera a expresarse en el artículo primero del Concordato de 27 de agosto de 1953<sup>31</sup>.

Al abrigo, empero, de las contradicciones del proceso analizado, una porción muy significativa de las grandes figuras de la España liberal acogidas en las páginas de Escorial cooperó decisivamente a restaurar, en pleno auge de la dictadura franquista, el espíritu del nacionalismo español vigente en el primer tercio del siglo XX; en el que, como tantas veces hemos repetido ya, los valores seculares del patriotismo quedaban resaltados en comparación con los religiosos, equiparados si no subordinados a los primeros. En su forzado exilio por tierras europeas y americanas, Marañón, Azorín, D. Rafael Altamira, Luis Recasens Siches, Ramón Pérez de Ayala, Salvador de Madariaga, José María Ots Capdequí, Fernando de los Ríos, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Sánchez Albornoz, D. Ramón Menéndez Pidal... y otras muchas personalidades egregias de las letras, las artes, la filosofía, el derecho y la ciencia españolas de una de las parcelas más refulgentes de la historia nacional —la Edad de Plata de su cultura contemporánea— sintieron avivar su “emoción española”. Todos consideraron la contienda fratricida como una inmensa catarsis que obligaba a una depuración de su vivencia patriótica, haciéndola más límpida y honda. Y ningún otro medio —conclu-

---

<sup>30</sup> Constituye una excelente aproximación biográfica y un notable análisis de la crisis de mayo de 1941 y el papel de Arrese en ella el libro de A. de Diego, *José Luis Arrese o la Falange de Franco*, Madrid 2001, en el que, empero, quizá se peralte en exceso la cercanía cordial de Franco con la personalidad del político navarro.

<sup>31</sup> *Los Acuerdos entre la Iglesia y España*, Madrid 1980, p. 131

ieron— más acertado para lograrla que el adensamiento de la conciencia nacional a través del estudio ahincado de los caracteres e hitos de su historia. Distanciados todos ellos del régimen dictatorial advenido con el final del conflicto civil, atribuían, no obstante, gran parte de su victoria a su ubicación ideológica en el surco de la tradición hispana frente al internacionalismo de sus adversarios<sup>32</sup>.

En su sentir, el catolicismo constituía, obviamente, un *primus movens* de la formación y tránsito de la nación española por los caminos de la historia. Los recorridos en su pesaroso destierro, así en el solar europeo como, aún más si cabe, en el de la formidable geografía del Nuevo Mundo, lo refragaban de modo indubitable. De educación cristiana en su gran mayoría, pero alejados ulteriormente casi sin excepción de la práctica religiosa y con alguna que otra incursión más o menos prolongada por el ancho y castizo campo del anticlericalismo celtíbero, nunca dejaron de aprovechar la ocasión en sus respectivas áreas de investigación para ponderar y, en más de un caso, enaltecer, las creaciones del espíritu español vivificadas por la religión católica. Con inalterable respeto hacia todas, manifestaron por lo común, como era natural, una afición más profunda por las próximas a sus preferencias ideológicas y estéticas, como el erasmismo del Quinientos, la Escuela jurídica de Salamanca, el testimonio evangélico de fray Bartolomé Las Casas y de tantos otros misioneros americanos o la obra enciclopédica y reformista de Benito Feijoo, entre otros numerosos paisajes del prolongado y fecundo viaje de los españoles por los caminos de la historia mundial. Castellanos de oriundez o deseo en una ancha porción —se incluyen los naturales de “Castilla, la novísima”..., por supuesto—, no revelaron, de otro lado, mayor reluctancia al rígido centralismo de la dictadura, ya que también, al fin y la postre, en las contiendas civiles decimonónicas los liberales triunfantes encorsetaron al régimen administrativo de las regiones forales y de mayor tradición autonómica. A la altura de los años cuarenta, el progreso se concebía aun para la inmensa mayoría de las celebridades susomentadas en clave centralizadora, conforme a la mejor herencia de los hombres de Cádiz y sus epígonos...<sup>33</sup>.

Denominador común de la tarea desarrollada en el extranjero —bien que en la antigua América virreinal, no así en la anglosajona, acusaran hartos menos la foraneidad— por esta ancha gavilla de peninsulares e insulares egregios —D. Carlos Millares, *verbi gratia*— sería la repristinización de su pertenencia patriótica, vertida las más de las veces a través del canto epinicio y hasta bombástico de lo hispano y lo iberoamericano, como prolongación natural de lo primero. Con vibración similar a las de sus antepasados decimonónicos en el alba de un nacionalismo “liberal” y hasta filantrópico como fuese en su acuñación primigenia el hispano, exaltaron a mujeres, hombres, templos, cuadros, hospitales, Universidades, ayuntamientos y lugares de la memoria de una patria culturalmente incluida en el censo más res-

---

<sup>32</sup> J. M. Cuenca Toribio, *Intelectuales y políticos contemporáneos*, Sevilla 2002.

<sup>33</sup> *Id.*, *La guerra de la Independencia, un conflicto decisivo*, Ediciones Encuentro, Madrid 2006.

trictivo de la civilización: Grecia, Roma y... España, para casi todos ellos, miembros prominentes de la generación más aireada intelectualmente de nuestro pretérito inmediato: la de 1914.

Espigar en sus libros y trabajos los actos de ciega fe en el ayer y el mañana españoles es labor tan fácil como enfadosa por la cifra de piezas allegadas en la exploración más apresurada. ¿Quién superaría, por ejemplo, a Gregorio Marañón, el Magno, como solía decir Ramón Pérez de Ayala, en su enaltecimiento de la española de Luis Vives, en cuyo encarecimiento se despeñara hasta hacer español a Séneca, según camino seguido antes y después por otros nombres ilustres a la manera de Ganivet y Claudio Sánchez Albornoz? ¿Qué pluma rebasó en la loanza del poeta de *La voz a ti debida* al sevillanismo de ciudades mejicanas como Puebla o ¿Cuál autor desgranó con más morosidad e *intellecto d'amore* el corpus jurídico de *Las Leyes de Indias* que el valenciano D. José María Ots Capdequí? ¿En qué obra se halla un elogio más encumbrado de que ¿Hay alguna semblanza —del Rey Prudente— incluida la de Menéndez Pelayo— que contenga más admiración por su figura y quehacer que la biografía de D. Rafael Altamira? ¿Encontró por casualidad Hernán Cortés un retratista más entregado que D. Salvador de Madariaga? *Et caetera de caeteris*. Después de la tragedia de 1936-39, a un siglo, conforme se recordaba más arriba, de su botadura como frágil y diminuta embarcación en un mar surcado por imponentes navíos de guerra, el nacionalismo español se revitalizó con la aportación —enorme en cantidad y calidad— de figuras casi todas ciclópeas en las diversas ramas del saber y la erudición humanísticos. De temple liberal, pagaron voluntario y crecido tributo de reconocimiento al fundente católico de su nacionalidad<sup>34</sup>.

Sino que de todos los componentes de este haz insuperable en valoración científica e intelectual, fue D. Ramón Menéndez Pidal el que, de modo involuntario, bien se entiende, contribuyera en más alto e importante grado a la construcción definitiva del núcleo duro de lo que habría de ser el nacionalcatolicismo<sup>35</sup>. Hijo de una reputada familia asturiana, de acendrada prosapia católica e integrista en algunas de sus ramas como la de su propio hogar, en el que su cabeza dio muestras invariables de aquella idealidad y ardimiento que, al igual que en otras casas y mansiones de la

---

<sup>34</sup> *Id.*, *Historia y Literatura*, Madrid 2004.

<sup>35</sup> "La instrumentalización derechista del nacionalismo español, en este caso a través de la exaltación de la literatura nacional, se alimentó en buena parte de las aportaciones realizadas por intelectuales progresistas, más o menos vinculados a la 'Institución difusa' (personas próximas al pensamiento de la Institución Libre de Enseñanza), y de manera muy relevante de las originadas en el Centro de Estudios Históricos, dirigido por Menéndez Pidal (...). La autoridad intelectual de Menéndez Pidal fue decisiva en el proceso de identificación de lo castellano y lo español. Sus investigaciones estuvieron presididas por el convencimiento de la existencia de unas características casi permanente de lo español desde la aparición de los primeros habitantes en la Península Ibérica pero, sobre todo, de la importancia política de la Castilla medieval en la reconstrucción política de la unidad lograda durante la monarquía visigoda y perdida tras la invasión musulmana. No es que estos tópicos fuesen inventados por él, pero él los dotó de una base argumental acorde con la 'ciencia positiva' a partir de sus trabajos sobre el cantar de El Cid, el romancero o la gramática histórica. Y, sobre todo, formó un destacado plantel de discípulos (Navarro Tomás, Américo Castro, Antonio Tovar, Gili Gaya, Dámaso Alonso...) que contribuyeron decisivamente a marcar esa orientación en la filología y la crítica literaria del siglo XX. Menéndez Pidal y bastantes de sus discípulos mantuvieron un distanciamiento crítico respecto al franquismo como sis-

hidalguía cántabro-asturiana, ennoblecieron el comportamiento privado y público de muchos de los tradicionalistas de la época, profesó con celo en la niñez y adolescencia la religión de sus mayores —entre ellos, el muy famoso y ultracatólico político y cacique universal canovista, Alejandro Pidal y Mon, su tío—, a la que una vez perdida, como tantos otros destinos coetáneos, en las tormentas del siglo, distinguió con indeficiente respeto en el plano privado y público<sup>36</sup>. Hermético, intimista y profundamente antiexhibicionista, las referencias personales atañentes a su evolución religiosa son muy escasas, aunque, sin violentarlas en exceso, tal vez quepa suponer que su cercanía —nunca su inclusión— a la Institución Libre de Enseñanza contó entre los motivos que provocaron su crisis espiritual y el abandono de la práctica católica. En manera alguna, sin embargo, es legítimo establecer relación de causa y efecto en tal decisión sino englobándola en el impacto normal y frecuente provocado en el ánimo moceril por las ideas más avanzadas intelectualmente, en particular, cuando su materialización se encuentra presidida, como sucedía en la ILE, por un irreprochable y exigente talante ético de incuestionable raíz cristiana y humanista. Siendo ya, por fortuna, tema conocido y en el que nos hemos engolfado en anteriores estudios, resulta sin duda ocioso recalar de nuevo en la verdadera espiritualidad de la Institución y sus hombres —y mujeres...—, de impecable neutralidad frente al testimonio público de la fe católica, en la que permanecieron con mayores o menores altibajos gran parte de sus adheridos. La propia esposa de D. Ramón, D<sup>a</sup> María Goyri, fue creyente practicante al tiempo que preclara institucionista. Que también un número muy copioso de los integrantes o simpatizantes —muchos más...— de la ILE pensara que al catolicismo español finisecular y de los decenios ulteriores le urgía una renovación *de fond à comble* en su expresión externa era lógicamente cosa muy distinta. El discípulo predilecto de Menéndez Pelayo —(¿o fue el malogrado Adolfo Bonilla San Martín?)— figuraba entre dicho número, como quizá sucediera igualmente, según tesis muy generalizada en un sector de los exégetas de su hercúlea obra, al D. Marcelino de sus últimos años<sup>37</sup>.

Bien se entiende así que el científico social español de mayor autoridad y predicamento a uno y otro lado de los Pirineos —incluyendo aquí, lo que no

---

tema político porque estaba en contradicción con sus principios éticos liberales, pero también mantenían coincidencias notables en su idea de España”, R. López Facal, “La enseñanza de la Historia, más allá del nacionalismo”, en J. J. Carreras Ares, C. Forcadell Álvarez (eds.), *Usos públicos de la Historia*, Madrid 2003, pp. 229-230.

<sup>36</sup> “Debió ser —como lo fue de hecho— muy decisivo el encuentro con Giner y la Institución Libre de Enseñanza. Menéndez Pidal vio pronto la Institución la representación de un nacionalismo nuevo, no encomiástico, sino íntimo, de contacto vivo con la vida de España, con su arte, con su vida arqueológica y musical, con su paisaje a través del excursionismo. El montañismo asturiano de Pidal, su amor al aire libre y a las cumbres casaba bien con el montañismo de Giner; de Cossío y de su grupo (...) En política, los hombres de la Institución representaban la implantación de un liberalismo abierto al extranjero. La convivencia con el pueblo, fuente para Pidal de poesía y de tradición, constituía un vínculo estrecho con aquel mundo. Le gustaba ser nacional sin nacionalismo alguno (...) En su acercamiento a la Institución, Menéndez Pidal apreciaba el fino instinto para saber encontrar la persona idónea para la función nueva, y para no crear función nueva si no había persona apta”. J. Pérez Villanueva, *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo*, Madrid 1991, p. 183.

<sup>37</sup> Vid. J. M. Cuenca Toribio, *Menéndez Pelayo y la ciencia española*, Madrid 1965.

era habitual a los efectos, a Portugal— fuese entusiastamente recibido por la *intelligentzia* falangista apenas traspasara aquéllos en la muy temprana fecha de comedios de julio de 1939. El que el “cuñadísimo” y ministro de la Gobernación, Serrano Suñer, protector y mecenas del grupo, fuera a visitar a su homónimo al día siguiente de su anhelada reinstalación en el célebre chalet de la Cuesta de las Perdices —lugar de memoria de la filología y la historiografía hispanas del Novecientos— descubre sin necesidad de mayores expensas analíticas el insuperable valor simbólico que, para el triunfo de la empresa cultural de los miembros del estado mayor de la intelectualidad joseantoniana y la misma dictadura, suponía el retorno a Madrid del autor de *La España del Cid*. En la medida que fuese, el refrendo que presuntamente diera a los vencedores de la guerra civil al orear la vida nacional con aires procedentes de los cuadrantes denostados más que nunca por las esferas fundamentalistas —recuérdese el libro del catedrático de Medicina de la Central—, implicaría unpreciado acicate a la labor de la *intelligentzia* falangista, muy imantada, pese a sus proclividades totalitarias, por el espíritu y la obra de los hombres de la generación del 98 y, todavía más si cabe en ciertas parcelas, por los de la de 1914, en la que, con algo —o, dilthianamente, mucho...— de distorsión, se incluía, a las veces, a un D. Ramón venido al mundo en A Coruña en 1869.

A fuer de bien nacido, éste manifestó en los términos más vivos su gratitud al grupo formado por Tovar —el más próximo por razones profesionales—, Ridruejo, Laín y demás impulsores de la revista Escorial por el trato que le dispensaran a su regreso a España<sup>38</sup>. Casi todas y, desde luego, las más principales de las dificultades que tuviera que afrontar en una hora saturada de suspicacias, revanchas y depu-

---

<sup>38</sup> “(...) la revista Escorial, fundada en 1940. Su director era Dionisio Ridruejo; el subdirector era Pedro Laín Entralgo; tenían estrecha relación con ella Pedro Moulane Michelena, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Gonzalo Torrente Ballester y otros. La mayoría, procedentes de servicios de Propaganda de Burgos, durante la guerra. A Ridruejo no lo conocía más que de nombre; era un joven falangista exaltado, apasionado poeta; menudo, no muy fuerte, había aparecido su fotografía, al lado del general Yagüe, en la toma de Barcelona. Lo conocí hacia 1950, y desde entonces fuimos muy amigos; él había recorrido un largo y penoso camino desde sus orígenes (...) Me expresó su deseo de que colaborase en *Escorial*; no por ahora un ensayo, precisó; sería peligroso: pero sí una nota sobre algún libro. Le prometí hacerlo, y elegí el libro de los hermanos Carreras Artau sobre la filosofía española medieval. Así empezó nuestra amistad. Mas adelante escribí un ensayo, “El problema de Dios en la filosofía de nuestro tiempo”; cuando se publicó, produjo tal conmoción en las faltas esferas, que casi le cuesta la vida a la revista. J. Marías, *Una vida presente...*, pp. 306-307. “Curiosa experiencia —escribe D. Ridruejo, con fuerte autocrítica— Vista desde cerca y en plena actualidad, Escorial pareció a muchos españoles que venían de íla otra orilla”, o simplemente del campo liberal, una mano tendida, un alivio, una manifestación sincera de antifanatismo y una tentativa seria de distensión (...) Y es que, visto desde fuera y desde lejos, todo aquello tenía que parecer una farsa, un falso testimonio, un ardid de gentes aprovechadas que querían sumar y, con la suma, legitimar la causa a la que servían y cuyo reverso era el terror”, *Casi unas Memorias*, Barcelona, 1976, p. 224. Muy expresiva de mentalidades y tiempos es la visión de M. A. Ruiz Carnicer: “En la sección de Ensayos hay un esfuerzo importante por plantear temas históricos, filosóficos o literarios de altura con textos de figuras como Menéndez Pidal, Emilio García Gómez o Zubiri (...) es una publicación claramente de postguerra y es hija de las contradicciones de los hombres que la crearon y diseñaron: partiendo de posiciones muy dogmáticas, alineadas con el totalitarismo fascista europeo y con una visión falangista de la vida y la sociedad, se fue convirtiendo en un foro de debate y una revista de gran peso liberal dando cancha a autores muy diferentes”, *La España de Franco...*, p. 164.

raciones se remontaron por el apoyo incondicional —siempre en la sombra, el largo brazo de Serrano— de dichos jóvenes falangistas<sup>39</sup>. Diatribas como de las que fuese objeto del lado de un personaje nefasto en varias dimensiones de la vida cultural española de mediados de la centuria precedente, no obstante la calidad estilística de su pluma y los muchos saberes que atesorara, el artillero y bullicioso miembro de Acción Española, el asturiano Jorge Vigón Suero Díaz —tan diferente en todo a su hermano Juan, (figura clave y opacada hoy en la historia de la época)—, sólo podían neutralizarse con el respaldo ilimitado del sector políticamente hegemónico en el día.

El apoyo y lustre que la esporádica colaboración del fundador de la Filología española moderna en las publicaciones de índole falangista prestase al cometido intelectual del mencionado círculo fue del mayor calado. Este respaldo poseyó, no obstante, un signo paradójico. La teoría del caudillaje profesada con desigual entusiasmo por todos los componentes del grupo, pero de ineludible necesidad para asentar el extremo principal de su estrategia política inmediata —la atracción de Franco con el fin de neutralizar los ataques de sus adversarios—, se vio indudablemente favorecida por la exaltación menendezpidaliana del personaje cidiano. Sin embargo, su visión del nacionalismo que, en un principio, semejaba estar destinada a una completa identificación con la de D. Ramón, no encontró el esperado engarce con la del sabio gallego. En la concepción y escritos de éste durante los años cuarenta, la religión tradicional de los hispanos no continuaba visualizada desde los parámetros del discurso del nacionalismo español fraguado en el yunque del Desastre y del regeneracionismo finisecular, muy próximo, por consiguiente, del que pretendían construir Ridruejo y sus adláteres y conmlitones. Como se expondrá con algún detenimiento en la parte final del libro, el periodo de la guerra impactó con singular fuerza el espíritu de Menéndez Pidal, inclinándolo a peraltar el componente católico en la tradición nacional, lo que lo alejaba un tanto de las querencias e ideas de la *intelligentzia* falangista.

Con las que volvería por completo a identificarse en otros de los puntos axiales de su programa. El loable afán de este activo y muy competente grupo por superar incluso en el fragor de la contienda la realidad histórica de las dos Españas

---

<sup>39</sup> “En más de una ocasión, don Ramón anota la ayuda que recibe de los ‘falangistas’: un cierto sector de falangistas, respetuosos con la cultura y abiertos hacia una España tolerante, que se agrupan en torno a la revista *Escorial* y que pugnan con otras tendencias más cerradas. En noviembre de 1940 publica parcialmente don Ramón, en *Escorial*, un estudio: “¿Codicia insaciable? ¿Ilustres hazañas?”, primera defensa de la obra de España en América La crítica del americanista estadounidense L. Hanke, que por ese hecho le tacha de falangista, disgusta como es lógico a don Ramón; pero lo cierto es que según la nota “Cuando entré en España fueron algunos falangistas, Laín, Castiella, Tovar, los únicos que me tendieron una mano. Tovar, el médico Ercilla y otros, probablemente Ridruejo, vinieron a verme para ofrecerme acogida en el CSIC...” J. Pérez Villanueva, *Ramón Menéndez Pidal...*, pp. 393-394. “También es justo destacar que, en el primer periodo madrileño del diario *Arriba*, cuando lo dirigió Xavier de Echarri, desde Menéndez Pidal para abajo hallaron en sus páginas acogida. Pero digamos también que en todas estas publicaciones citadas influía Ridruejo de algún modo y se seguía su política”. G. Torrente Ballester, “Escorial en el recuerdo”, en la obra colectiva *Dionisio Ridruejo. De la Falange a la oposición*, Madrid, 1976, p. 62.

era compartido por el autor de Poesía juglaresca y juglares, que achacaba, según se recordará, la responsabilidad última del excruciante desgarramiento de 1936 a la “invidencia” nacional, puesta ya de relieve desde los comienzos de la historia patria, como lo testimoniase el injusto destierro de Mío Cid por su rey...

La solidaridad, sin embargo, de Menéndez Pidal con la importante y generosa labor cultural de la *intelligentzia* falangista y, de otro lado, la rendida admiración de los integrantes de ésta por la obra de D. Ramón tuvieron, naturalmente, aparte del ya señalado, sus límites. Uno de los más expresivos radicó en el disentiimiento de varios de los integrantes del grupo del encendido castellanismo de la producción entera menendezpidaliana, en la que seguía ocupando la centralidad de su discurso, como lo hiciera siempre. Sin declaraciones altisonantes, los jóvenes intelectuales falangistas procuraron rebajar el perfil de lo castellano en la forja y desenvolvimiento de la nación, no obstante la cuna y atracción telúrica de Ridruejo o Tovar<sup>40</sup>.

El que de entre ellos habría, quizá, de tener mayor proyección y trascendencia en la historia cultural española, el turolense Pedro Laín Entralgo —director de la Editora Nacional y vicedirector de Escorial—, se convertiría, precisamente en 1941 —un poco *malgré lui*, según ulterior confesión para añadir una pincelada más a la confusión reinante en la época y en el tema—, en el principal teorizador de un nacionalismo católico conforme a las reglas más estrictas del estatalismo y, por ende, muy diferente del que hasta podría, hábilmente, definirse así. Posición, desde luego, a primera vista difícil de conciliar con la revista Escorial, que tenía como gran impulsor al fundador con estatuto científico de la Historia de la Medicina en España, y devenida en auténtico banderín de enganche de las ideas de apertura predicadas por el sector que, tiempo adelante, se conocería, en definición algo voluntarista de José Luis López Aranguren, como “falangismo liberal”, remiso a ensanchar el catálogo de libros y autores prohibidos por su heterodoxia. Sin embargo, en las turbulencias ideológicas del momento, todo parecía posible. Incluso la aspiración a crear, con claro remedo de lo intentado y en parte conseguido por el fascismo italiano, una “religión civil”, visible en el Ridruejo de la época y en algu-

---

<sup>40</sup> La más destacada excepción acaso sea la del aragonés Laín Entralgo cantor estremecido del viejo solar castellano hasta el fin de sus días: “¿Y no es éste el mismo sentimiento (el provocado por el verso machadiano ‘Un borbollón de agua clara/debajo de un pino verde/ eras tú, ¡qué bien sonabas!’), que en nosotros pone la contemplación de Castilla, hasta cuando más crueles o desoladores se nos ofrecen sus nombres, sus tierras, sus piedras labradas? Entre las más broncas pedrizas de las sierras ibéricas existe siempre la sorpresa de la finísima grama y los arcos increíbles de San Juan de Duero.

¿Nostalgia? ¿Añoranza de un vivir creciendo desde un vivir muriendo? ¿Seremos, cuando el romance nos recrea, lo que un griego actual frente al Partenón o, más aún, ante los leones de Micenas o las cerámicas cretenses? No: esto no es nostalgia, sino añiñamiento, íntima sensación de poder empezar la vida, ser otra vez. La perdurable eficacia mítica de Castilla es la prenda sensible de que en el destino de España sigue existiendo como perenne posibilidad esa cosa magnífica a que llamamos niñez, España siempre niña, bajo la piel sin afeite de una aparente senectud, Castilla niña, España niña. Demos todo porque Dios nos conserve este tesoro”, *Espanoles de tres generaciones*, Madrid 1998, p. 124.

nos otros de sus conmillitones, pero no así, o al menos en su mínima expresión, en un Laín en el que la huella de su formación en el luego famoso Colegio valenciano de Burjasot era mayor que la dejada en su siempre admirado Ridruejo por los agustinos escurialenses...<sup>41</sup>.

El ataque inconsiderado y manifiestamente injusto de que el gran humanista aragonés fuera objeto desde poco tiempo antes de su muerte y, muy especial e insidiosamente, después, por parte de plumas de notorio impacto mediático y alta cotización en la obscena vida cultural del país, aún ratificando —en tono siempre muy menor, empero— algunos de sus razonamientos, jamás legitimará la devaluación sustantiva de uno de los quehaceres intelectuales de mayor gálibo de la España del siglo XX<sup>42</sup>. En un libro singularmente connotado por el *hic et nunc* de su reacción y aparición —agosto de 1975, enero de 1976—, Descargo de conciencia, rectificaba y disentía de la apreciación más generalizada sobre su libro Los valores del nacionalsindicalismo, en el cual, contra dicha opinión casi universal, según la suya no había preconizado la supeditación de lo religioso a lo nacional y patrio. El tiempo transcurrido, una *metanoia* tan honda como sincera y la naturaleza misma de cualquier proceso artístico y literario —*habent sua fata libelli*— que hace escapar de la jurisdicción del autor todo trabajo dado a la luz, avalan, empero, la licitud e, incluso, la exigencia heurística y metodológica de una lectura “presentista” del primer libro de tan fecundo escritor.

---

<sup>41</sup> Un ilustre autor, el sobresaliente politólogo S. Juliá, en su extensa y catoniana censura de la actitud de la *intelligentzia* falangista, de los componentes del denominado por J. L. López Aranguren “falangismo liberal”, critica los cubiliteos y acrobacias mentales que a las veces se realizan por varios de sus integrantes a propósito del sentido último de su actividad en la contienda y en la inmediata posguerra: “El fascismo no se limita a ser cosa distinta del liberalismo, sino que nuclearmente lo niega: es, por definición, antiliberal, con idénticos títulos y similares razones que lo es el comunismo. Sin embargo, en España, donde nada original se ha aportado a las ideologías políticas contemporáneas y donde fue necesario, cuando los fascismos cayeron derrotados, remontarse a Suárez o a Vitoria para fundamentar una manera específicamente española de ejercicio de poder, se habría dado esa cuadratura del círculo que consiste en fundir fascismo y liberalismos. Ahí está el grupo de Laín, Tovar, Ridruejo; ahí está la revista *Escolar*, para demostrarlo”, *Historia de las dos Españas*, Madrid 2004, p. 333. El mismo juicio es el expresado por un *maître à penser* del pensamiento integrista español de la centuria pasada: “(...) eran estos neofalangistas que, después de haber disfrutado cargos y prebendas en los días que podía ser incómodo declararse liberal, los siguieron disfrutando, olvidados correaes y camisas azules, cuando el liberalismo se puso de moda como si ellos nada hubieran tenido que ver con los días más intolerantes y totalitarios del régimen franquista. Y no es que tuvieran algo que ver con aquello. Es que ellos eran aquello.” E. Vegas Latapié, *La frustración de la Victoria. Memorias Políticas. 1938-1942*, Madrid 1995, p. 274. Un historiador profesional —y muy destacado—, I. Saz, escribirá de su parte, recientemente: “El control de la prensa, censura y propaganda por los hombres de Serrano, los fascistas radicales Ridruejo, Tovar o Laín...”. ¡Política en la zona nacionalista: configuración del régimen!, *Ayer*, 50 (2003), p. 82.

<sup>42</sup> En el segundo tomo de sus mencionadas memorias, C. Castilla dedicará a la semblanza un espacio y esfuerzo muy superior —con la salvedad quizás de Juan José López-Ibor— al de cualquiera otro de los muchos personajes que hormigúean en sus acidulado recuerdos, más acedos que nunca en la etopeya lainiana: *Casa del Olivo. Autobiografía (1949-2003)*, Barcelona 2004, p. 381 y ss. Vitriólica y ostensiblemente injusta e inexacta es, por su parte, la etopeya reciente de un periodista muy afamado: “De Pedro Laín no es fiable que fuera catedrático de Historia de la Medicina, lo cual invoca su escasa vocación científica, lo que no le impidió ser rector de la Universidad Complutense, como sus fotografías con camisa azul no le impidieron conservar fama de progresista y demócrata. En su libro Descargo de conciencia en el que intenta justificar su esplendoroso paso intelectual por el franquismo, utiliza al ya fallecido Dionisio Ridruejo como aguamanil para lavar sus culpas. No se privó ni de la Real Academia”, M. Prieto “Fascistas en la escuela de la izquierda”, *El Mundo*, 14-X-2007, p. 4.

Que es también, como se anotara ya, el primero en defender, desde una rotunda profesión de fe individual y una elaborada concepción doctrinal e historiográfica, la incardinación de la Iglesia y el catolicismo hispanos en un proyecto nacional de orientación sindicalista y “revolucionario”. Al margen de algunos y cortos textos de Giménez Caballero, Rafael Sánchez Mazas o Ramiro Ledesma Ramos sobre la necesidad “histórica” de subordinar al Estado los programas religiosos y las menguadas energías católicas de un pueblo como el español muy desarraigado ya, en su opinión, de sus antiguos vínculos confesionales, será en la obra lainiana en la que, al par de recogerse toda esta literatura, se explane más rigurosa y hegelianamente la tesis de una nación estado española en la que las instituciones y fieles cristianos secunden la acción histórica abanderada y protagonizada por aquélla. De ahí que otra de las interpretaciones de mayor crédito de las circuladas en torno al libro del gran ensayista aragonés, presentado como el intento de mayor envergadura por demostrar la perfecta compatibilidad entre catolicismo y Falange y la impecable ortodoxia de ésta, sea, aparte de reduccionista, muy discutible. La requisitoria implacable del pensamiento demócrata cristiano en su versión hispana, fustigado por Laín, en el surco abierto por el “Fundador”, como arcaico y opuesto en la práctica a la revitalización de un catolicismo que encontraba su cauce más espontáneo y actual en un nacionalsindicalismo con reclamo y proyección sociales, no se ayunta demasiado bien con la intención antedicha...<sup>43</sup>.

Concebido y redactado entre el otoño e invierno de 1940, el libro debe encuadrarse en el clímax del pulso definitivo echado, según se reseñara más atrás, por la *intelligentzia* falangista a una Iglesia privada de quien fuese su líder indiscutible durante la contienda y primeros meses de la posguerra, el cardenal Gomá, muy receptivo, por cierto, al talento y formación del joven médico y pensador. Neutralizado política y momentáneamente el principal bastión de una España tradicional sin elites culturales, la esperanza de una “revolución nacional-proletaria” —expresión reite-

---

<sup>43</sup> Un autor muy cualificado en la materia, J. M<sup>a</sup> García Escudero, tras relatar las vicisitudes del famoso punto 25 de la Falange, afirma: “De ahí los intentos de resolver esa tensión ‘bautizando’ con rigor doctrinal a la Falange. “Los valores morales del nacionalsindicalismo” fue el más valioso de esos intentos. En armonizar la revolución nacional de la Falange y la idea cristiana del hombre veía Laín la empresa española por excelencia y a ello se puso, pero con el único resultado de sustituir la subordinación típicamente derechista de lo nacional a lo religioso por otra subordinación a la inversa. “La Acción Católica Española —escribía Laín— debería empujar a sus socios también hacia la ambición española, sincera e impetuosamente sentida” ¡Para eso valía más, por supuesto, la separación defendida por Ramiro Ledesma!í. *Historia política de las dos Españas*, Madrid, 1976, IV, p. 1.215. En un libro que semeja extraño por la prestigiosa editorial que lo publicara de las sentinas del periodismo decimonónico anticlerical, su autor expondrá una tesis parecida a la anterior: “Pese a los muchos curas que enseñaron bajo la sotana la camisa con el yugo y las flechas, tampoco los obispos veían con simpatía a los azules por el gran ascendiente en ellos de hombres como Ridruejo o Tovar, que reivindicaban el componente laico y el rechazo a la alianza entre la Iglesia y el Estado heredados de José Antonio. La situación iría, sin embargo, civilizándose gracias a la labor de los nuevos teóricos del falangismo domesticado, Laín Entralgo, Luis Legaz y Francisco Javier Conde, que sustentó su famosa teoría del caudillaje en la convicción religiosa. Abocado a entenderse con los primeros, el católico con yugos y flechas Laín intentó debecir en 1941 los valores morales del nacionalsindicalismo en una obra de este título”. J. Figuero, *Si los curas y frailes supieran...Una historia de España escrita por Dios y contra Dios*, Madrid 2001, pp. 446-7. Desde inequívocas posiciones de rechazo al ideario sostenido por Laín en los años cuarenta y aun posteriormente hace un notable esfuerzo de comprensión de su figura M. A. Ruiz Carnicer, *La España de Franco...*, pp. 155 y ss.

rada en *Los Valores morales...*— podría materializarse, ejecutada por los más fieles ejecutores del Estado nacional-sindicalista. En el muy influyente diario madrileño *Arriba España*, e incluso en la misma revista *Escorial*, una cohorte de incisivas y muy animosas plumas —José Antonio Maravall, Antonio Tovar, Gonzalo Torrente Ballester, Dionisio Ridruejo, Narciso Perales, el propio Laín— abonaron el terreno para que la obra de éste viniese a ser el navío insignia de la navegación del Nuevo Estado... Después de su eutrapélico —sería difícil calificarlo de otra manera— “paréntesis” ministerial —9-VIII-1939, 15-VIII-1940—, el más influyente entre los amigos íntimos de José Antonio Primo de Rivera en el ánimo del “Fundador”, el deustoniano Rafael Sánchez Mazas (sobre el que, a medio siglo de su muerte, seguimos careciendo de su imprescindible biografía política)—, había regresado ya a la trinchera periodística y literaria, sirviendo, desde su elevada posición en la historia del movimiento falangista, de protector y gurú para los más audaces en sus posiciones religiosas<sup>44</sup>.

Efectivamente: en un escenario desconocido desde el reinado de Fernando VII, la Iglesia institucional afrontaba la quinta restauración religiosa de la contemporaneidad con la desaparición completa del anticlericalismo progresista y radical, pero debiendo hacer frente, al mismo tiempo, con sorpresa y, a las veces, indignación insuperables, al surgido en las filas de algunos sectores gubernamentales. Estos no eran ya los tradicionales y burocratizados regalistas, que recurrían a sus artes, a la manera de sus antecesores austracistas y borbónicos, como mero *instrumentum regium*, sino que estaba protagonizado por unas esferas juveniles muy concienciadas de su papel mesiánico en la política española, para cuyo despliegue tanto los curas y obispos nacionales enfeudados en la reacción, como la curia vaticana y aun el mismo Pontífice, constituían a menudo el principal obstáculo para cristalizar sus proyectos de reformas revolucionarias desde dentro del Sistema. La apelación a la historia de los lansquenets del Condestable de Borbón y del *íSacco* de Romaí y otros episodios del regalismo más extremista resultaba en dicho punto muy oportuna como intento de factor disuasorio y blasón de legitimidad política.

El antiguo discípulo de los jesuitas y conecedor como muy pocos escritores del siglo XX de las relaciones Madrid-Roma, el admirable humanista Sánchez Mazas, constituía aquí una autoridad indiscutible para la *intelligentzia* falangista, en el doble plano de la teoría y la praxis. Inspirador de toda la postura religiosa de José Antonio —entre cuyos recuerdos más vívidos y presentes estaba el del éxito de la postura de fuerza de su padre frente al Vaticano en el contencioso de la política eclesiástica de

---

<sup>44</sup> Dados sus abundantes conocimientos en historia contemporánea española, el sobresaliente catedrático y crítico literario José Carlos Mainer —especializado, entre otras materias, como es bien sabido, en la producción bibliográfica de algunos prohombres joseantonianos—, sería, sin duda, la pluma más apta para trazar la biografía del autor de *Pequeñas memorias de Tarín*. Vid de Mainer una breve semblanza de Sánchez Mazas en su libro *Falange y Literatura. Antología*, Barcelona 1971, pp. 47, 247-8 y 298, página ésta donde, por cierto, se deslizan dos errores de bulto.

la Dictadura en el Principado catalán—, formaba parte del anecdotario del periodo fundacional de la Falange las *boutades* y continuas alusiones entre sarcásticas y reflexivas a los lances principales de los dissentimientos y encontronazos de los monarcas españoles con íla Corte papalí y a su expedito empleo de actitudes enérgicas, al margen de los tradicionales recursos de fuerza del regalismo de la Corona. Desde la misma explosión de la guerra hasta que, avanzado 1941, la crisis ministerial de mayo y la consecución del pusieran sordina a sus principales manifestaciones, ese anticlericalismo de “derechas” —factor, importará mucho insistir, casi por completo novedoso en la historia española a la fecha— fue, por diversas circunstancias de larga enumeración y algunas de ellas ya recordadas en páginas anteriores, un vector clave de la cultura y política del franquismo, muy singular y determinadamente de las auspiciadas por el entonces todopoderoso sector falangista<sup>45</sup>.

Aun ignorando, pesarosa y un punto escandalosamente desde perspectivas historiográficas y sociales de la España hodierna, las relaciones personales e intelectuales entre el autor de la *Vida de Pedrito de Andía* y Laín en los primeros meses de la posguerra, es clara la influencia directa y, aún más si cabe, indirecta de Sánchez Mazas sobre el pensador aragonés en parte de los enfoques y desarrollos de su primer y resonante libro. Sin el clima intelectual creado en gran medida por los escritos y discursos de quien sería, pasados los años, su colega en la Real Academia de la Lengua, hubieran sido difíciles su gestación y éxito<sup>46</sup>.

La obra, ciertamente, no defraudó las expectativas de los círculos políticos y culturales de una España sometida a fuerte dieta ideológica. La piedra angular de su tesis —una definición por entero “revolucionaria” del nacionalismo hispano, en el que, conforme a la ícooperacióní expresada en el punto 25 del programa falangista, la Iglesia fuese un poderoso auxiliar de su despliegue— estuvo, en efecto, cincelada hasta el extremo de que, acaso sin excesiva exageración, cabría considerar a Laín como el expositor por antonomasia de la más novedosa versión del nacionalismo español anterior a la de Menéndez Pidal; y asimismo, de más de una vertiente de lo que habría de conocerse como nacionalcatolicismo, de manera especial, en lo atañente al primer término del confundidor a la vez que impactante y gráfico vocablo.

En sus aspectos esenciales, la interpretación hecha por Laín del nacionalismo hispano venía a ser como un ídesquiteí de la historia al situarlo en el hori-

---

<sup>45</sup> Quien años más tarde prologaba así su libro recopilatorio aparecido en Ediciones del Movimiento, Madrid 1957, —cuando ya uno de sus hijos había sido detenido por ser uno de los líderes de la huelga universitaria antifranquista de febrero de 1956—: “Ni me arrepiento ni me olvido”. Rafael Sánchez Mazas, Madrid, Primavera, 1957i, *Fundación, hermandad y destino*.

<sup>46</sup> En una tesis doctoral de impecable aparato bibliográfico y en la que las visiones y planteamientos historiográficos acertados alternan —apesadumbradamente— con los defectuosos o sesgados, aborda en varias ocasiones —en particular, al estudiar la obra de dos de los iusfilósofos menos insertos o vinculados con las asociaciones y grupos de presión religiosos del momento, Legaz Lacambra y Salvador de Lissarrague— el sugestivo tema, pero sin desarrollarlo nunca. *Vid.* B. Rivaya, *Filosofía del Derecho y primer franquismo (1937-1945)*, Madrid 1998, pp. 58, 94 y *passim*.

zonte y coordinadas doctrinales de los grandes nacionalismos europeos del XIX. Paradójicamente, empero, su visión era ahistoricista. Ideología pura y dura, no existía en él ni huella de su idealidad decimonónica ni préstamo alguno de la vieja retórica del Cid, Villalar, Trento, Lepanto y el 2 de Mayo y aun ni tan siquiera del descubrimiento y colonización de América, punto de encuentro y coincidencia plena de las anteriores formulaciones nacionalistas. Remachando su ruptura con las visiones que la precedieran, la lainiana no contenía comentario alguno acerca de la defensa de la libertad, fuente genuina y caracterizadora de aquéllas. Como ocurriera con los nacionalismos ochocentistas de gran porte —Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia...—, el pensador falangista situaba al hispano en un plano imperial, en el que sólo la fuerza y el poderío labrarían su status frente a la rivalidad y competencia de otros pueblos con similar ambición. Misión universal y ídestino manifestaría sustituirían como ejes cardinales del nacionalismo preconizado por la pluma del autor de *Los valores morales...* a los del colorista y filantrópico de las épocas anteriores, en las que el país iba ya de recogida de sus antiguas andanzas por todos los caminos del planeta y se mostraba más propicio a los inventarios melancólicos que a los proyectos ardidados...<sup>47</sup>.

De acuerdo con los parámetros filosóficos de raíz germana indicados anteriormente, la nación constituía para Laín el alfa y omega de la vida histórica de la contemporaneidad, esforzándose el autor en presentar una teoría novedosa del nacionalismo español, centrada en el presente y desprovista de toda referencia a los acontecimientos y figuras exaltados en todas las visiones precedentes como quicio argumental y sustantivo. Dejando que el pasado lo patrimonializaran las fuerzas retardatarias y desahuciadas de cualquier protagonismo presente y futuro, su alusión admirativa irá hacia los pueblos constructores de la historia hodierna, llenos de ímpetu biológico y renovador. En el altar de la nación se oficiarán, respectiva y opuestamente, las ceremonias de la desaparición de la sociedad capitalista y la del alba de su vencedora, la nacional-sindicalista<sup>48</sup>. Erigido en su agente y motor por excelencia, al Estado correspondería traducir en la práctica el diseño del tiempo nuevo en España, por encima de estrategias acomodaticias sólo beneficiosas a la reacción. Aquí, la posición de Laín era taxativa.

---

<sup>47</sup> "Esta autonomía en la decisión política del Estado Nacionalsindicalista puede ir orientada: 1, A empresas conexas con su concepción de la Patria como unidad de destino en lo universal y con sus tantas veces repetido propósito de incorporar a su hazaña un sentido católico; esto es, a empresas tocantes a los problemas vigentes de la catolicidad: formación moral de sus hombres, posibles tareas exteriores (...) Cualquiera que sea la actitud de cierta burguesía católica, yo, católico y nacionalsindicalista, sostendría siempre la conveniencia de una estrecha amistad con la Alemania nacionalsocialista, así en orden a la revolución social que España 'necesita', una vez conseguida por las armas firmeza nacional, como al poderío de nuestra Patria en el mundo futuro. Y, sobre todo, porque ha así ha sido declarado por nuestro Caudillo (...). Los católicos españoles de orientación distinta —y los hay, como es bien notorio—, aparte de fiar muy poco en la firmeza del catolicismo español y de contravenir un deber nacional después de tales palabras (de Franco), no piensan que la grandeza patria sería indirectamente grandeza cristiana, siendo cristiano por propio empeño el sentido de la obra nacional", *Los valores morales del Nacionalsindicalismo...*, pp. 88-90.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 90.

En el plano temporal propio de la actividad social, la autonomía del Estado ha de ser, incluso por razones de eficacia, absoluta, sin que organizaciones obsoletas —léase, pese a su reciente creación, la Acción Católica— ni movimientos políticos de vitola confesional, arrumbados definitivamente por la marcha de los acontecimientos, puedan lícitamente ofrecer resistencia a la definitiva instalación de España en los meridianos de la historia, cuyos intérpretes más autorizados serán, para el autor, el *Duce* y, sobre todo, la Alemania hitleriana, conocida directamente por él antes de dar a la imprenta *Los valores morales del Nacionalindustrialismo*<sup>49</sup>. Si no todo para el Estado, lo cual supondría un paganismo aberrante para la conciencia cristiana de Laín, sí nada fuera del Estado, que, en la concreta hora de España, impelido de ambiciones imperiales, andaría sobradamente facultado para reclamar de sus gobernados el concurso más incondicional.

Obviamente, el monopolio escolar de la educación política, era, otorgando parcial razón a las críticas eclesiásticas, parte muy principal del proyecto falangista. Según se recordara más atrás, éste era sumamente complejo por hermanarse en él muy variados elementos. Aunque desde el pontificado de León XIII se modificase visiblemente el arraigado recelo de la Iglesia española —y de buena porción de la restante...— frente a una enseñanza pública que estimaba por principio y prejuicio anticatólica, con la aparición del franquismo su jerarquía experimentó un rebrote de sus viejas aspiraciones monopolistas, incompatibles por entero con la existencia de un Estado moderno al que le era de todo punto imposible renunciar a garantizar la enseñanza pública como una de sus principales funciones. La defensa de tal idea del lado de los falangistas no entrañaba ni podía implicar en la España del momento la impugnación de los centros escolares regidos por la Iglesia, pero sí contenía, más o menos al descubierto, una rotunda descalificación de sus métodos y prácticas docentes por parte de unos sectores educados justamente en sus aulas, recordadas con alergia y consideradas opuestas *per naturam* a la mentalidad de que ahora se sentían principales intérpretes, portadora única de las esencias del Nuevo Estado...

En no pocos aspectos, el texto lainiano resultaba iluminador de tal actitud: ¡Este reconocimiento de la dignidad temporal del Estado tiene consecuencias inmediatas. Quiero citar dos ejemplos evidentes: el de las empresas políticas exteriores y el de la educación. La grandeza de la Patria puede exigir ocasionalmente al Estado determinadas empresas exteriores: frente a ellas, el mínimo deber del católico español, sacerdote o seglar, consiste en secundarla con disciplina; el ejemplo de los obispos italianos, con ocasión de su ejemplar mensaje al Duce, es todavía reciente. Más necesitada de expresión está todavía la consecuencia que toca a la educación. ¿Cuánto no mejorarían ciertas tiranteces si la Jerarquía eclesiástica española recono-

---

<sup>49</sup> *Ibíd.*, p. 91.

ciese abiertamente el elemental derecho del Estado a dirigir la educación política de los españoles, en todas sus edades? Estimo que nuestro Estado faltaría a un deber grave si no cuidase en sus centros de la formación religiosa de los españoles; y creo, análogamente, que muchos eclesiásticos españoles faltan a un deber grave nacional —al cual también están obligados, porque lo español es irrenunciable—, entorpeciendo la obra política educativa del Estado y del Movimiento. Con ceguera realmente suicida, si se piensa: 1, que el Estado tendrá que decidirse a hacerlo, en cuanto tal Estado quiera existir, siendo la formación política de los españoles primario deber suyo; 2, que, en el común de los hombres, la solidez de una actitud religiosa es tanto mayor cuanto más fuertes sean los soportes vitales que a ella subyacen (...), y 3, que sin una recia actitud política (¡recuérdese nuestra olvidada guerra y sus antecedentes!), la formación religiosa puede ser históricamente débil o escindirse por los hoy inesquivables imperativos histórico-políticos. Nunca he comprendido esta actitud de muchos religiosos; ni, en un orden de cosas no lejano, he creído que pudiera tener razones elevadas su recelo a examinarse ellos o a examinar a sus alumnos en los centros oficiales del Estado”<sup>50</sup>.

A la vista de éste y varios otros textos del libro ahora glosado, ofrece, en verdad, cierta dificultad validar las intenciones irenistas y conciliadoras que ciertos analistas atribuyen como objetivo supremo de sus páginas en el soterrado pero fuerte enfrentamiento entre Falange e Iglesia en los años comentados. Ante el *Leviatán* dibujado en la obra no cabía más postura que la de la sumisión obsecuente o la guerra sin cuartel. La “moral nacional” no admitía componendas ni transacciones, a la manera de las que lastrasen todo el periodo de la restauración canovista. Sin embargo, expresión al fin y al cabo de un estado de ánimo sumamente tensionado como el de Laín en aquellas calendas, la dialéctica emocional entre su creencia religiosa y política —reflejo, a su vez, como ya tantas veces se ha recordado aquí, de la generación falangista a la que perteneciera— buscaría una síntesis, que era también la exigida por un coyuntura en la que en la relación de fuerzas del franquismo naciente las joseantonianas no acababan por imponerse.

Dominador ya, pese a su todavía escasa experiencia de escritor, de todos los recursos del oficio, después de tan drástica declaración Laín rebajaba el diapason de su discurso para, con el estilo argumental y literario que habría de caracterizar gran parte de su enciclopédica producción, buscar la aproximación si no la conciliación con el adversario. “Tal como debe ser entendido nuestro Estado, sobre el principio de la ‘incorporación’, en modo alguno es imaginable un conflicto entre ambas (moral nacional y moral cristiana) (...) pero esta menuda discusión será vencida siempre por una superior instancia de entendimiento cordial, y, en verdad, yo no podría comprender nunca de otro modo, como falangista y católico, las relacio-

---

<sup>50</sup> *Ibíd.*, pp. 92-4

nes entre la Iglesia y España (...). El falangista se siente moralmente obligado con aquella moral nacional de que al comienzo se habló, a la ley o a la empresa que su Estado declare obra de España, en cuanto por su virtud se alcanza la grandeza patria o se camina hacia ella; y con moral religiosa, no sólo porque a través de ese Estado se hacen visibles los inefables destinos providenciales de la Patria, sino porque esa ley o esa empresa servirán, a la corta o a la larga, para incorporar el sentido católico a la reconstrucción nacional y harán que la grandeza nacional sea también grandeza cristiana. El católico español no falangista —si es que cabe, en cuanto el Estado sea verdaderamente el de la Falange— se sentirá, a su vez, obligado —o deberá sentirse, y con entusiasmo— por las mismas razones. Lo nacional y lo religioso, siendo por naturaleza realidades onticamente diferentes (...) encuentran así armónico engarce y no desgarrada tensión en los senos del hombre singular y viviente, dentro de los cuales se cumple por rara maravilla esa permanente tangencia entre el tiempo y la eternidad, que es la vida humana. En el hombre; el cual es así, a la vez mero hombre en la esfera de la razón, cristiano en la de la fe y español en la del temperamento y de la historia”<sup>51</sup>.

Entre las varias y comprensibles rectificaciones que, dentro del hondo y general revisionismo de un ideario mantenido a lo largo de un veintenio hiciera el autor de *Medicina e Historia*, no figuró la de la creencia en el exorbitante poder de la Iglesia en España, que, amén de otras lamentables consecuencias, abortara el programa que, como compendio y síntesis del explicitado por la *intelligentzia* falangista, informase el nervio de su primera obra. Desde la frustración de un nacionalismo hipostasiado pero crítico de la religión tradicional del pueblo español hasta el advenimiento, en los antípodas de aquél, del catolicismo del Vaticano II, Laín permaneció marginado y aun reluctante e incluso hostil a sus principales corrientes, tanto de las aperturistas como de las fundamentalistas<sup>52</sup>. No ocurriría lo mismo en su cercanía ideológica y personal con la obra y la figura de Menéndez Pidal, su director en la Real Academia Española una vez ingresado en ella en 1954 y recordado en 1947 el cargo por D. Ramón, su compañero también en la de la Historia, luego que se admitiese en ella a Laín en 1962. Allí, en el camino sin retorno hacia su conversión democrática, ambos conversarían reiteradamente acerca de la polémica entablada a mediados de la centuria entre Castro y Sánchez Albornoz sobre la

---

<sup>51</sup> *Ibíd.*, pp. 95-6.

<sup>52</sup> Cfr. especialmente *Ejercicios de comprensión*, Madrid 1959. En un libro-entrevista, de atmósfera ya crepuscular o, lainianamente, “prepostrimero”, se relatará por uno de sus más fieles discípulos: “Laín, hombre de fe, católico practicante, tiene la obligación de actuar como tal en la Iglesia de la posguerra. Y lo primero que se me ocurre preguntarle es sobre la situación de esa Iglesia en la España de 1939. Su respuesta es pesimista: La Iglesia de 1939. Un triunfalismo sólo comparable al de Bonifacio VIII en la Roma de 1300 o al de un inquisidor español en la España de 1600. ¡Qué espectáculo ver pasearse a cualquier alto dignatario eclesiástico por los despachos de los Ministerios! Un obispo-patriarca, miembro de la Junta Política de Falange. Una adulación al poder político como jamás se habrá dado en la historia de los pueblos católicos (...) Ya sé, ya sé que esto no fue todo en la conducta de nuestra Iglesia, que entre 1940 y 1950 hubo no pocos sacerdotes ética, pastoral e intelectualmente a la altura de de su deber...” A. Albarraçin, *Pedro Laín, historia de una utopía*, Madrid 1994, p. 101.

esencia de España, identificándose en adelante Laín, sin apenas restricciones ni matices, con la visión del eximio filólogo e historiador de la literatura en punto al nacionalismo hispano, frente a las objeciones y reservas —numerosas y de amplio calado— del venerado patriarca intelectual<sup>53</sup>.

Como el nacionalismo español, al igual que cualquier otro, es fundamentalmente histórico y tal se visualiza en el enfoque de las presentes páginas, antes de adentrarnos en la glosa cortical de la síntesis del maestro gallego, ha de recordarse que, en rigurosa coincidencia y simultaneidad con su ansiosa vuelta a la patria en el verano de 1939 y su inmediato regreso al tajo investigador y publicístico, el texto canónico y más elaborado del nacionalismo español de cepa y raigambre confesionales recibía sus últimos toques de la pluma de un rendido admirador y antiguo alumno en las aulas madrileñas, el jiennense Manuel García Morente, un tiempo el más pediseco seguidor de Ortega y estrecho colaborador de sus “empresas culturales”.

---

<sup>53</sup> Al respecto resulta insuperable toda su introducción a *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, Madrid 1971: “(...) Por esto tuve yo hace meses la idea de que este libro colectivo fuera compuesto, y por esto creo que un examen de la obra de Castro hecho con recta voluntad es y será durante mucho tiempo, por encima y debajo de las polémicas de detalle que ha suscitado y pueda todavía suscitar, si no condición suficiente, si condición necesaria para España sobre clara conciencia de sí misma y, mediante un pertinaz ejercicio de autoeducación colectiva, sea un día de veras lo que cervantinamente deba ser”, pp. 22-23.

